

UniTÉ

— 20 años

Historia de la Universidad de la Tercera Edad



Facultad de
Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Lomas de Zamora



Editorial UNLZ
Universidad Nacional de Lomas de Zamora

UnITE
20 años
Historia de la Universidad de la Tercera Edad

Edición: Facultad de Ciencias Sociales
Coordinación editorial: Luz Canella Tsuji
Diagramación: Pamela Royo

Noviembre 2018
1a ed. - Lomas de Zamora : Universidad Nacional de Lomas de
Zamora. Facultad de Ciencias Sociales, 2018.
110 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-3839-02-3

Editorial UNLZ
Universidad Nacional de Lomas de Zamora
Camino de Cintura y Juan XXIII
Llavallol, Buenos Aires, Argentina.



Facultad de
Ciencias Sociales

Decano

Gustavo Naón

**Secretaria de
Investigaciones**

Luz Canella Tsuji

Director de UniTE

Jorge Tognolotti

**Este libro fue realizado por la Agencia
Universitaria de Noticias (AUNO).**

Director

Daniel Miguez

Editores

Soledad Arréguez Manozzo
Germán Ferrari

Redactores

Antonella Baldi
Ezequiel Bergonzi
Nahir Escobio Buono
Fernanda Cartolano
Paula Costanzo
Karen Costas
Pablo Miglio
María Miranda
Eugenia Muzio
Gabriela Naso
Edgardo Nuñez
Fernando Nuñez
Sebastián Osinaga
Alan Reynoso
Julieta Romero
Gabriel Santana



Orígenes del programa

“La Universidad es también para los mayores.” Con esta premisa, la Universidad de la Tercera Edad (UniTE) irrumpió el 14 de septiembre de 1998 en un panorama nacional marcado por los últimos estertores de un modelo neoliberal que estrangulaba a la educación pública.

El esquema de convertibilidad, que mantenía la paridad un peso-un dólar y acrecentaba los niveles de desocupación y de pobreza, afectaba en forma directa a los adultos mayores, que sufrían la marginación por sus bajas jubilaciones y pensiones y, al mismo tiempo, por los cambios globales a partir de una revolución tecnológica vertiginosa, que obligaba a transformar modos de vida y prácticas laborales.

Por entonces, el profesor David Zolotow, titular de la materia Trabajo Social en Campo, en la Facultad de Ciencias Sociales, decidió impulsar un proyecto basado en programas que abordaban la educación en adultos mayores. Sus principales influencias fueron la experiencia de Pierre Vellas, organizador de la primera Universidad de la Tercera Edad, radicada en Toulouse, Francia, a mediados de la década de 1970, y, en el plano nacional, el Departamento de la Mediana y Tercera Edad de la Universidad Nacional de Entre Ríos, fundado por Yolanda Darrieux de Nux en 1984, y la escuela de Psicología Social de Enrique Pichon-Rivière.

Para Zolotow, el programa debía estar guiado por la idea de que siempre hay tiempo para aprender y que el acceso a los conocimientos es un derecho que debe estar al alcance de la sociedad. Basándose en esta concepción, presentó el proyecto a las autoridades de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora (UNLZ): “El aumento de la proporción de mayores en la sociedad revela al mismo tiempo la carencia de suficientes espacios institucionales donde se faciliten las posibilidades educativas y de participación de los mayores, donde se posibiliten las relaciones intergeneracionales y se favorezcan los cambios tendientes a sociedades solidarias y multiculturales.

“Una de las situaciones factibles de corregir en el corto plazo es la creación de espacios en el campo educativo. La educación, como vehículo emancipatorio por excelencia y derecho social para todas las edades, debe concebirse como un lugar de inclusión, desarrollo de la imaginación, proceso de recuperación de la memoria de las generaciones mayores y oportunidad de intercambiar y participar activamente en la sociedad y la universidad tiene la posibilidad de

responder rápidamente a este desafío.”

El documento destacaba además la importancia de sortear tres retos para fortalecer la instrucción de los adultos mayores:

- 1) Que el alumnado fuese capaz de introducirse en este nuevo aprendizaje y pudiese crear nuevos vínculos.
- 2) Que a su vez los docentes, además de enseñar, pudiesen aprender de esta práctica pedagógica.
- 3) Que la Universidad pudiese orientar su instrucción a personas que no ostentaban un título de grado ni estuviesen interesadas en hacerlo y, a la vez, fomentar la creación de nuevos espacios para adultos mayores.

El proyecto fue bien recibido por el decano Horacio Gegunde, quien lo derivó a la Secretaría Académica de la Facultad de Ciencias Sociales y lo puso en funcionamiento en el segundo cuatrimestre de 1998, con cuatro cursos, todos a cargo de Zolotow. El flamante coordinador consiguió que la Facultad recibiese un subsidio de 5 mil pesos por parte de la Secretaría de la Tercera Edad de la Nación, para cubrir los gastos operativos. Ese mismo año, el programa fue derivado a la Secretaría de Extensión Universitaria.

En esa etapa inicial, las clases de Calidad de Vida fueron las más concurridas. Allí se dictaba, según el primer folleto del programa que circuló entre los estudiantes, “contenidos sobre salud física y mental, relaciones familiares, etapas de la vida, tiempo libre, recreación, nutrición y proyectos de vida”.

Los otros cursos que se impartían eran Comunicación, que abordaba “los conocimientos fundamentales sobre los elementos y procesos comunicativos, especialmente orientados a los medios masivos”; Historia, cuyo objetivo era el de ayudar a los estudiantes a que pudiesen “interpretar los hechos” del pasado, e Inglés, que se enseñaba con el fin de abrir una ventana hacia otra cultura y que los alumnos tuviesen la oportunidad de “expresar opiniones y puntos de vista” con esas herramientas.

Con el traslado del proyecto a la Secretaría de Extensión Universitaria se sumaron tres cursos: Informática, Teatro y Adolescencia y Relaciones Inter-generacionales.

Dada su experiencia en la enseñanza con alumnos de la tercera edad, Zolotow

hizo hincapié en que los docentes mantuvieran encuentros frecuentes para que pudieran fortalecer las estrategias de formación educativa. Era indispensable aprender que “a medida que se va envejeciendo aumentan las diferencias generacionales y esto implica tener especial atención en las particularidades de cada alumno, al mismo tiempo que se van brindando las clases con las diferentes materias”.

Reunir interesados para cumplir con los cupos mínimos de alumnos no fue tarea fácil. Los docentes no percibían remuneración y muchas veces tuvieron que poner dinero para viáticos o la impresión de gacetillas de difusión que se distribuían en centros de jubilados de los partidos de Lomas de Zamora y Almirante Brown. Una forma de visibilizar el proyecto UniTE fue participar en congresos dedicados a la educación de la tercera edad en distintos puntos del país.

Por entonces, las clases se dictaban los martes y los jueves, de 14.30 a 17.30, en centros comunitarios de Lomas de Zamora, Temperley y Adrogué; luego fueron trasladados a la Facultad de Ciencias Sociales. Los cursos culminaban a los 12 encuentros.

En la primera camada se inscribieron 54 adultos mayores y finalizaron 38. Sin embargo, aún era necesaria una difusión mayor para que el proyecto pudiese prosperar. Tras un período en que los mismos alumnos se encargaron de divulgar el programa, la actividad se organizó con el nacimiento de la Asociación de Alumnos del Programa UniTE (AAPU).

Con este impulso mancomunado entre los distintos sectores involucrados, UniTE parecía encaminarse hacia una nueva etapa. No obstante, el contexto económico-social representó un freno para su crecimiento. La crisis del modelo neoliberal estaba a punto de estallar.

Tiempos de cambio

En 2001 el proyecto pasó a llamarse oficialmente “Programa UniTE”, bajo la dirección de Zolotow. Los objetivos principales estaban centrados en:

-Generar un espacio de trabajo tendiente al mejoramiento de la calidad de vida de los adultos mayores.

-Propiciar una imagen social positiva de la vejez como etapa del desarrollo humano.

-Facilitar a los adultos mayores el acceso a nuevos conocimientos y desarrollos científico-tecnológicos del mundo actual.

-Favorecer nuevas construcciones del conocimiento en las personas de mayor edad y estimular su potencial creativo, a los efectos de promover mayores niveles de adaptación activa a un contexto social cambiante como el actual.

-Promover en las personas adultas mayores el desarrollo de hábitos de organización, participación y autogestión.

-Propiciar el mejoramiento de la autoestima, entendida como soporte para el logro de una vida más plena y activa.

Por entonces, los docentes de la institución comenzaron a percibir una retribución económica gracias a la iniciativa de los alumnos de destinar a tal fin una parte del dinero que recaudaban. En un intento por sortear la crisis, se implementó el cobro de un arancel, una medida que no se mantuvo en el tiempo. Ante esa situación, el intendente de Lomas de Zamora, Edgardo Di Dio, ofreció una compensación monetaria de 300 pesos, que sólo pudo sostenerse durante algunos meses. Parecía que la continuidad de UniTE tenía los días contados.

A pesar del impacto de la crisis en la educación pública, la movilización de los estudiantes fue decisiva para el sostenimiento del proyecto. La AAPU se consolidó aquel año como un centro de actividades estudiantiles, al obtener la personería jurídica y al poco tiempo empezó a editar un boletín con información general, notas de interés y producciones de docentes y alumnos. Además, alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales, en su mayoría de Psicopedagogía, se capacitaron en el seminario Problemáticas del Envejecimiento Humano, para poder ingresar como docentes en UniTE.

En el inicio del nuevo milenio, 140 alumnos ya habían pasado por las aulas de UniTE y la oferta de cursos se había casi cuadruplicado debido a la necesidad de los adultos mayores de reinsertarse en la sociedad con un mayor manejo de saberes. En junio de 2002, el programa contaba con más de 200 alumnos inscriptos en 15 cursos. A los siete iniciales, se sumaron Cine que Hizo Historia, Dibujo Artístico, Pintura, Prevención y Comprensión, Psicología y Taller Literario, y dos niveles de Informática. En un comunicado, el programa detallaba la situación tras el estallido de la crisis:

“Este año 2002 nos encuentra con una Argentina convulsionada y revuelta,

afrontando la mayor crisis de los últimos tiempos. La incertidumbre es generalizada y los vaivenes cotidianos nos tienen preocupados y alterados.

“En esta situación todos, alumnos, la comisión de amigos del programa UniTE, AAPU, docentes, ayudantes, colaboradores y funcionarios, decidimos continuar con este proyecto. UniTE sigue, esta certeza es producto de muchos esfuerzos mancomunados. Superando problemas e inconvenientes podemos decir con orgullo que superamos en un 50 por ciento la cantidad de inscriptos con respecto al año anterior, aumentamos los cursos, ampliamos los lugares de clases, y seguimos con muchas ideas en marcha. No sé si solucionamos las preocupaciones cotidianas de todos, [pero] sí [...] generamos espacios posibles de realización y crecimiento personal y comunitario, y eso nos fortalece para afrontar las difíciles circunstancias que nos toca vivir.”

Argentina comenzó poco a poco a recomponerse. En este contexto, UniTE se asentó definitivamente como establecimiento educativo de primera línea. Un factor determinante fue el dictado de Informática en tres niveles, que actuó de pilar entre los cursos impartidos. El éxito radicaba en que los saberes aprendidos por los alumnos acortaban una brecha tecnológica que hasta ese momento parecía irreconciliable entre quienes rápidamente se adaptaron al mundo digital y quienes permanecían ajenos a las innovaciones.

Por otro lado, las nuevas tecnologías (principalmente las computadoras personales y portátiles y la expansión de Internet) abarataban sus costos y comenzaban a ser más accesibles. Ante esta situación, UniTE priorizó la enseñanza de los saberes del mundo digital con el fin de potenciar las capacidades de los adultos mayores. Zolotow recuerda que los alumnos encargados de confeccionar el boletín del programa atravesaron con éxito el cambio y empezaron a entregar “un pendrive o un cd a la imprenta para evitar la creación manual del periódico”.

UniTE experimentó un nuevo crecimiento durante la gestión de Gabriel Mariotto como decano de la Facultad de Ciencias Sociales en 2005. Durante su mandato el programa pasó a depender del Decanato y los docentes comenzaron a cobrar una renta. La participación de la Secretaría de Medios de la UNLZ potenció el aumento de la matrícula del programa, al otorgarle una mayor visibilidad por fuera del ámbito universitario. También se fomentaron actividades comunitarias. En el Día de la Vejez, que se celebra el 1º de octubre, el programa comenzó a realizar encuentros en plazas de Lomas de Zamora, que unían a docentes y alumnos.

En 2006, la licenciada Ana María Peluso sucedió a Zolotow como directora de

UniTE. En su gestión se extendieron las actividades culturales –cafés literarios, concursos de escritura y dibujo, certámenes de fotografía y ediciones en Photoshop– y se consolidó el crecimiento del programa a partir del aumento de la cantidad de alumnos.

La pedagogía como motor de crecimiento

Las bases construidas a lo largo de más de una década fueron heredadas por el doctor Jorge Tognolotti, quien asumió en 2010. Integrante del plantel docente desde comienzos de UniTE, el nuevo director decidió enfatizar la matriz pedagógica del proyecto y priorizó trabajar en disminuir las brechas educativas que se manifestaban entre los alumnos.

En las aulas de UniTE convivían jubilados con preparación secundaria, e incluso universitaria, junto con aquellos que nunca completaron sus estudios. Las diferencias más notorias se observaban en el uso de la tecnología y la interpretación de textos. El desafío pedagógico era fortalecer la formación de manera estratégica, para que los contenidos pudiesen contemplar la heterogeneidad del alumnado.

En tal sentido, UniTE incorporó el plan FINES a su programa, al que podían asistir los adultos mayores de 40 años que no habían podido terminar el secundario. De esta manera, se enfocaba a mejorar la instrucción de los estudiantes menos avanzados. Las inscripciones superaron las expectativas –60 personas anotadas–, lo que obligó a abrir otra comisión de primer año en el ciclo lectivo siguiente.

Otra innovación fue la Diplomatura en Promoción Cultural –abierta en 2014–, que contó con orientaciones en Arte y Literatura e Historia. El objetivo apuntaba a que los alumnos pudiesen organizar actividades grupales en centros comunitarios y de jubilados, como una forma de que sus miembros pudiesen reinsertarse en la sociedad a través de actividades solidarias.

La consolidación de UniTE como referente en el ámbito educativo, se vio reflejada en 2011 en el “IV Encuentro Regional de Programas para Adultos Mayores”, con sede en la Facultad de Ciencias Sociales, del que participaron las universidades del Comahue, Junín, La Plata, Lanús, La Matanza, Río Cuarto, Tres Arroyos y Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, que también cuentan con programas para adultos mayores.

Más que una universidad

Al proyectar el futuro de UniTE, Tognolotti considera que el programa debe abordar nuevas áreas, como la investigación, para que la iniciativa se adapte a los cambios que atraviesan los adultos mayores.

Las preguntas que se plantean en la actualidad son similares a las que motivaron la creación del programa hace 20 años. Lejos de encontrar respuestas rápidas, los interrogantes sugieren complejidades propias de un mundo en constante transformación. ¿Qué impulsa a una persona de más de 60 años a estudiar cuando nunca pasó por una institución? ¿Por qué se inclina a determinados cursos o talleres? ¿Cuáles son los atractivos del programa?

No sólo se busca expandir el programa, sino que las carreras universitarias tengan en cuenta al alumno de la tercera edad, que ya no se contenta con los saberes adquiridos en UniTE y aspira a obtener un título de grado. “Cada vez será más numerosa la cantidad de adultos mayores y los docentes no siempre tienen mecanismos de formación educativa para eso”, explica Tognolotti.

En dos décadas, UniTE se convirtió en un lugar que renovó las ansias de aprender de cientos de personas y las despertó en otras, un punto de encuentro donde los adultos mayores se unieron por la motivación de ampliar su abanico de conocimientos cuando parecía que el mundo ya no tenía nada para ofrecerles.

El programa contaba sólo con 4 cursos en sus inicios; en la actualidad hay 51, divididos en áreas –Comunicación, Informática, Arte y Literatura y Ciencias Sociales/Humanidades e Idiomas Extranjeros–. La primera camada de alumnos fue de 54 personas; luego de 20 años los inscriptos llegaron a 1.128 (844 en el primer cuatrimestre y 284 en el segundo).

En las próximas páginas, el lector encontrará historias de vida y relatos de alumnos y docentes que el paso por las aulas de UniTE los transformó. El valor de la universidad pública y la necesidad de una institución abierta a la comunidad se desprenden de cada uno de los testimonios.

Un pasaje de la vida de Sócrates sirve para reflexionar sobre la importancia de la enseñanza como un valor que trasciende la edad. En cierta ocasión, el filósofo participó de un debate en el que la educación de los jóvenes era el tema central. Luego de horas de intercambio de ideas, llegó a la conclusión de que incluso a él le faltaban conocimientos por incorporar y así se lo hizo saber a su auditorio:

“Si alguno se burla de nosotros porque, a nuestra edad, vamos a la escuela, nos defenderemos poniendo de frente la autoridad de Homero, que dice en cierto pasaje [de *La Odisea*] ‘al que está necesitado no le conviene ser vergonzoso’ y, burlándonos de lo que pueda decirse, procuraremos mirar a la vez por nosotros mismos y por los jóvenes”.

La vida es un Torino y muchas cosas más

“Siempre estoy viendo qué hay para hacer en casa; a esta altura tenés que mantenerte activo o te oxidás rápido. Ahora, justo vengo de arreglar un caño roto.” Alberto Santinelli Milano reflexiona mientras sonríe. Tiene 78 años y vive junto con su esposa en Ciudad Evita.

A Alberto le gusta hablar de donde vienen sus ante pasados. Es descendiente de inmigrantes italianos, que llegaron a Argentina en busca de un futuro mejor. Su abuelo materno provenía de una familia de origen judío que estuvo relacionada con el clan Sforza durante la unificación de Italia y se fue de la península por las guerras constantes en aquella época. Al llegar a estas tierras, se dedicó al transporte de verduras en el puerto de Tigre, luego extendió su negocio a la venta mayorista y después a la minorista. Era dueño de varios puestos en el Mercado del Abasto y supo amasar una fortuna que luego perdió, al caer en una depresión sufrida por una serie de muertes de parientes cercanos.

La mamá de Alberto, al ver la situación económica difícil de la familia, debió salir a buscar trabajo. Fue “fabriquera”, una de las miles de mujeres que trabajaban en las fábricas y que padecían el machismo de patrones y hasta de compañeros. Los maltratos recibidos en la industria textil la impulsaron a convertirse en una de las primeras mujeres delegadas.

La familia de su padre también se afincó en Argentina procedente de Italia, aunque los retornos al país natal se volvieron frecuentes. Su abuelo paterno participó en el Grito de Alcorta, la épica rebelión de los productores agrícolas santafesinos de 1912, durante la presidencia de Roque Sáenz Peña. Después de esa revuelta tuvo que ocultarse por un tiempo en una estancia en el sur de la provincia. Su papá era capataz en los ferrocarriles, un puesto que en esa época era muy bien pago.

Los padres de Alberto se conocieron en una fiesta de carnaval en el club San Lorenzo. Se enamoraron al instante y al tiempo se casaron. Para entonces, su mamá renunció al trabajo en la fábrica. Alberto nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1941 y pasó su infancia en el barrio de Barracas. Sus años de primaria

fueron conflictivos. Su facilidad para las matemáticas no era bien vista por las maestras que casi lo hacen repetir en varias ocasiones. Hizo la secundaria en el colegio Industrial N°5 y se sumó a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). En esa organización practicó esgrima junto con Orlando Nannini, quien participó de los Juegos Olímpicos de 1964 y 1968, y ambos lograron salir campeones nacionales. Gracias a la esgrima Alberto conoció al entonces presidente Juan Domingo Perón: “Algo que jamás me voy a olvidar fue el día que Perón vino al club. Nos dieron una moto como premio y él vino a entregarla. Nosotros estábamos formados en fila para saludarlo, él pasaba y felicitaba uno a uno. Cuando llegó hasta mí, yo le agradecí por el premio que nos dio. Me miró, agarró mi guante de esgrima y me dio una bofetada. Me quedé en shock. Me dijo que lo que se gana no se agradece. Él nunca regalaba nada, daba oportunidades a la gente y esperaba que diera lo mejor para aprovecharlas”.

Entre “fierros” y forrajes

En 1958 se recibió de Técnico Mecánico y entró en la Universidad de Buenos Aires para estudiar Fisicomatemática. Pasó por varios trabajos mientras estudiaba: fue celador de colegio, empleado de los Astilleros Argentinos Río de La Plata S.A. (Astarsa) y luego de Ferrocarriles Argentinos. También por esos años tuvo como hobbies fabricar autos de carrera para la categoría Fórmula Junior.

En 1962, tras una pelea entre delegados estudiantiles, fue expulsado de la universidad. Creyó que su vida como estudiante se había acabado: “En esa época los delegados estábamos divididos entre azules, los que éramos nacionalistas, y colorados, los de izquierda. Un día se armó una batalla en el patio. Me dieron un cadenazo en la espalda, sin pensarlo me di vuelta y pegué una trompada. Por la bronca no me di cuenta de que era la hija del rector, tenía la boca llena de sangre. Me echaron de la facultad”.

A los 25 años se puso de novio con quien hoy sigue siendo su esposa. Se conocían desde chicos, pero en ese momento se “miraron bien” y comenzaron a salir. Por entonces, trabajaba en Citroën. Luego, gracias a un aviso publicado en un diario, entró en Industrias Kaiser Argentina (IKA), donde formó parte del equipo de desarrollo del Torino y colaboró con la preparación del auto que corrió en la competición de las 84 horas de Nürburgring, en Alemania.

Como condición para casarse, su novia le pidió que terminara los estudios. Fue por eso que, mediante gestiones de IKA, logró entrar a la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), en donde se recibió de ingeniero en 1969. Luego, ingresó a una empresa alemana dedicada a la venta de maquinaria industrial especializada.

Tras varios años en el sector industrial, decidió dar un vuelco en su vida y compró un campo en Pichanal, provincia de Salta, para dedicarse a la plantación de forrajeras. Allí vivió casi cinco años, hasta que las sequías y las crisis económicas lo llevaron a la quiebra y debió regresar a Buenos Aires. Alberto resume la experiencia: “Hacia rato lo venía pensando. Me había peleado con mi jefe en FerroStein y la verdad que no quería seguir ahí. Tampoco volver a Kaiser porque la habían comprado los franceses, y con ellos no quería trabajar más. Así que me junté con un par de familiares y compramos esos campos. Nos fue bien un tiempo, pero terminamos volviendo con una mano atrás y otra adelante”.

De regreso, rotó por varios trabajos, hasta que en 2005 se jubiló como vendedor de máquinas y herramientas para la empresa que representaba a Hyundai. Y recuerda: “Después de que me jubilé, pasé seis meses dedicado a cuidar las plantas de mi jardín. Esa vida no era para mí, me volvía loco, me aburría como un perro. Mi señora sabía que siempre me gustó estudiar, por eso me comentó de un plan de estudios para la tercera edad. Así es como conocí UniTE. No lo dudé un segundo y me anoté”.

Empezó en el programa interesado por las ciencias sociales –la filosofía, la sociología y la historia, su gran pasión– y la literatura. En aquel tiempo cursaba en una delegación ubicada en la estación de trenes de Adrogué.

Volver a estudiar

Alberto se define como un “historiador nacionalista revisionista”, admirador de Perón y de Juan Manuel de Rosas, “una gran figura de la historia argentina, que el relato contado por Mitre trató primero de ocultarlo y, como no pudo, lo puso como el gran tirano de la época”.

Estudió Sociología durante cuatro años en UniTE. El programa en esa época no contaba con un menú académico fijo, sino que era una continuidad de cur-

sos. Con sus compañeros realizaron un trabajo para reflejar lo aprendido y, según Alberto, el texto surgido de esa experiencia está “a la altura de cualquier otro texto de la carrera de la licenciatura universitaria”, tanto así que fue incluido como material didáctico en la cursada.

Por algunas diferencias políticas, estuvo dos años sin ir a cursar. Sin embargo, mantuvo una buena relación con los docentes y sus compañeros, y comenzó a dar clases de historia revisionista *ad honorem*: “Me anticiparon que si quería podía hacerlo, pero que no me podían pagar y yo dije que si me pagaban no lo hacía. A mí plata no me falta y la educación es algo que amo”.

Tiempo después, Alberto y su esposa se unieron a la comisión interna del programa, que se encarga de coordinar las actividades. Este cambio le ayudó a retomar una vieja pasión: la pintura. De niño, había obtenido una beca de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Pero recién varias décadas más tarde, pudo exponer sus obras y cosechar varias distinciones. El hall de la Facultad de Ciencias Sociales fue su galería de arte.

El curso de Literatura lo inspiró a escribir la historia de su familia, que sintetizó en *Del azul del Mediterráneo al marrón del Río de la Plata*, que recopila la historia de la rama materna, y *Del verde del Adriático a la Pampa gringa*, que narra la historia de sus abuelos paternos. Planea escribir un libro sobre cómo se conocieron sus padres y sus años en la escuela primaria.

Alberto destaca los cursos de Informática de UniTE, porque esos conocimientos lo ayudan a “acortar distancias” con sus nietos, con quienes ahora puede hablar sobre temas comunes. “Si bien como profesional tuve mucho contacto con las computadoras, siempre fui un negado a la tecnología. No uso celular y eso, hoy por hoy, a veces incomoda a otros. Pero aprender a usar los programas de la PC para las cosas de la vida cotidiana es algo que considero ahora muy importante”, reflexiona.

La felicidad lo envuelve cuando repasa su recorrido en UniTE. Destaca la comunidad que se forma entre los alumnos y los profesores y la define como “un grupo humano donde tiene cabida desde el analfabeto hasta el profesional. Las únicas cosas que hay que tener son voluntad para coexistir con otras personas y ganas de aprender algo nuevo que te ayude a despejar la mente”. Es la satisfacción de saber que, a pesar de tener varias décadas a cuestas, se puede saber algo más.

Las ganas permanentes de vivir

Bailarina de folklore, integrante del coro de Unite y de la Asociación de Alumnos, trabajadora en el Hospital Gandulfo, casi contadora, acompañante de víctimas de violencia de género, Ester acumula en su currículum decenas de talleres y cursos que realizó después de tomar la decisión de separarse de su marido, a principio de 2000.

Es difícil contar su vida en forma ordenada. Los sucesos que la transformaron en la mujer que es hoy se dieron de forma simultánea, superpuestos, y estallaron cuando decidió ponerle fin a un matrimonio que no le brindaba apoyo, contención, ni nada parecido al amor. Como antesala, el robo sufrido por sus padres a fines de la década de 1990 en la casa que habitaban en San Antonio de Padua sacudió su vida.

“A los seis meses murió mi mamá y pocos meses después mi papá, de tristeza, por no tener a su compañera de toda la vida. Fue un año muy difícil ese”, resume Ester. En esa época, ella viajaba todos los días de Lomas de Zamora a Padua para cuidar a sus padres. Hija única, llevaba la responsabilidad de responder por ellos.

Su mamá quedó cuadripléjica tras los golpes recibidos durante el robo. “Todos los días venía el kinesiólogo y hacíamos ejercicios, luego él se iba y yo seguía practicando con ella”, recuerda Ester. Más tarde, sufrió un infarto de miocardio y “otra vez a urgencias”; después, un infarto cerebral. En la desesperación, Ester visitó varios neurólogos para que le dijeran “de corazón” si la operación a la que su madre debía someterse la ayudaría a mejorar.

“Ella no quería comer, quería morir porque sabía que yo venía todos los días y no quería que hiciera ese sacrificio.”

Por aquellos años, el PAMI era vaciado por las políticas del menemismo y Ester necesitaba una silla de ruedas para su madre y packs de leche Ensure. La falta de respuestas y los impedimentos burocráticos de la obra social no la desanimaron; buscó una alternativa y encontró en un programa de Radio 10 la ayuda

que necesitaba. No sólo le regalaron la silla de ruedas para su mamá, sino que se enteró de que los packs de esa leche que costaba una fortuna eran entregados gratis en los laboratorios de Pacheco a las personas que los necesitaban. “Me iba todas las semanas a buscar los packs. Nunca le faltó su medicación pero ella no quería vivir más.”

A los pocos meses, su padre sufrió un cáncer generalizado en todo el cuerpo y falleció “sin saber qué era lo que tenía”. A pesar del dolor por no saber cómo sobrellevar la situación, pudo sobreponerse y comenzó un curso de oncología paliativa ginecológica en el Hospital Gandulfo, donde trabaja en la actualidad.

“No sabía cómo hablarle a mi papá y como no pude ser útil para él, me propuse ser útil para los demás.”

En el curso, Ester capitalizó el conocimiento que había adquirido por haber ayudado a sus papás y entró como voluntaria en el Gandulfo para colaborar y acompañar a pacientes oncológicos y a sus familias en todo el proceso. A los pocos días de terminado el curso, ya formaba parte del sector Oncología, en donde pudo volcar sus saberes de psicología, aprendidos en UniTE, y la experiencia de haber atravesado momentos dolorosos con su familia.

Para no quedar desactualizada, Ester se anota en cada curso brindado por el Hospital y por UniTE, aunque ya los haya hecho. No duda en volver a tomarlos porque, según ella, “siempre va cambiando el material de estudio”.

Pelear en todos los frentes

Ester llegó a UniTE poco después de que fallecieran sus padres. El estrés provocado por las muertes, la falta de acompañamiento de su esposo, el agotamiento físico y mental por los meses de lucha la llevaron a tomar la decisión de terminar con su matrimonio.

“Me sentía sola. Si no me servía en las malas, para qué lo iba a querer en las buenas.”

Ester no se imaginó que su decisión la llevaría a otro drama: la violencia de género. A comienzos del nuevo siglo, ese concepto era desconocido para la

sociedad. La violencia contra las mujeres por parte de sus maridos o parejas aparecían en los titulares de los diarios como “problemas de pareja” y los femicidios eran “crímenes pasionales”. La decisión ya estaba tomada, no había vuelta atrás. Ester comenzó a padecer la burocracia judicial, ir cada semana a los Tribunales de Lomas de Zamora para pedir que la Justicia interviniera para que su marido se fuera de la casa. Sufrió hostigamientos, persecuciones, amenazas, violencia psicológica, hasta que un día un juez dictaminó que ese hombre no podía volver a acercarse a la casa de Ester. En ese momento, él se fue y nunca más regresó.

“En el momento que él estaba más obsesionado, conocí a otra persona que me salvó la vida, si no iba a terminar mal el tema.”

En ese tiempo, Ester se acercó a un grupo de autoayuda en una iglesia en Temperley. Allí pudo comprender el sometimiento que sufría. Con el grupo de psicólogos y asistentes sociales, comenzó a formarse para acompañar a víctimas de violencia de género y al tiempo ya trabajaba en varios refugios ubicados en la Ciudad de Buenos Aires. Poco tiempo duró allí, las situaciones de violencia extrema que vio reflejadas en los cuerpos de aquellas mujeres fueron mucho para ella y decidió renunciar.

Divorciada y sintiéndose empoderada, Ester llegó a UniTE por medio de una amiga. Era 2001 y tenía la necesidad de saber de informática porque su hijo menor, Gonzalo, se iba a vivir a España y necesitaba encontrar la forma de mantenerse en contacto sin tener que gastar una fortuna en llamadas telefónicas. Cuando llegó a la Facultad de Ciencias Sociales se encontró con que la edad no le permitía inscribirse en los cursos porque era para mayores de 60 y ella tenía unos cuantos años menos. Además, el curso de Informática era el que más demanda tenía y no quedaban cupos. El director de UniTE, David Zolotow, percibió su desánimo y le dijo que volviera al día siguiente. Cuando regresó se encontró con que podía comenzar a tomar las clases. Fiel a su estilo, Ester hizo Informática y después avanzó con cada curso que había en el programa –Teatro, Vivir con Inteligencia Emocional, Psicología Social– y se involucró en el centro de estudiantes para ayudar a mejorar el proyecto educativo.

“Estaba recién separada y necesitaba llenar mis días, mis horas entonces me anoté en el voluntariado de la universidad.”

Salir al mundo

De a poco, Ester comenzó a manifestar nuevas inquietudes. Estudió recreación para adultos mayores en la Municipalidad de Lomas de Zamora. No quería trabajar en una oficina; estaba decidida a emprender un trabajo distinto. El miedo por estar “tantos años encerrada” la llevó a estudiar oratoria para poder comunicarse con facilidad y fluidez. Ansiosa por no querer perder más tiempo, por capitalizar cada experiencia, cada momento, se anotó en cada curso que pudo.

En paralelo, Ester descubrió que la Universidad Nacional de Lanús contaba con un programa similar a UniTE y empezó a frecuentarla para generar un nexo entre ambas casas de estudios con el fin de mejorar los cursos de cada una. Entusiasmada y con energía para ayudar, se anotó en las colonias de vacaciones para adultos mayores para hacer correr la voz de los talleres que se dictaban. Con alegría, afirma que en un año se triplicó la cantidad de adultos mayores que concurren a la universidad. Al sentirse satisfecha con su trabajo, retomó los cursos en UniTE.

En medio de las tareas académicas, Ester sumó una nueva pasión: el folklore. En la actualidad, la mantiene ocupada los fines de semanas, con presentaciones en diferentes lugares y la participación en congresos sobre el tema.

Ella aspira a que sus dos hijos tomen cada acción, cada curso, cada logro, como ejemplo de su lucha. “Ellos son reservados, pero sé que están orgullosos. Todo lo que hago es por ellos, como ejemplo de vida, para que vean cómo de la nada, de estar mal, destruida física y mentalmente, se puede tener ese espíritu de resistencia y salir.”

Es difícil seguirle el ritmo a Ester. Confiesa que no se imagina sentada en el comedor de su casa tejiendo y cocinando para los nietos. Para ella, los años no pesan sobre el cuerpo ni sobre el alma. “Soy una abuela joven, aunque sea de espíritu”, se define entre risas. No obstante, hace menos de dos años, tanta actividad y estrés le valió un infarto que la dejó en cama por varias semanas y la obligó a bajar el ritmo de vida. Poco duró esa pausa: cuando le dieron de alta, retomó sus actividades, menos la gimnasia.

Del aula al bufet

Muchos años pasaron desde la primera vez que pisó UniTE para cursar Informática y sentirse cerca de su hijo que volaba al otro lado del océano. Desde ese momento hasta ahora, Ester se convirtió en una participante activa del programa y la Facultad se convirtió para ella en su “segundo hogar”. Dice que todavía le quedan temas pendientes para desarrollar, como un curso de “Papel Nono”, para que los adultos mayores aprendan a fabricar instrumentos en papel maché, con los que imiten los sonidos originales. También ansía viajar, conocer otros lugares. Solo visitó Santa Teresita como lugar de veraneo.

Para ella, el tiempo no es tirano. Encuentra en las aulas la contención y la distracción para olvidarse del paso de las horas. Pero lo más interesante está en el bufet, ese espacio para hablar de cuestiones cotidianas, compartir un café o un almuerzo, donde se forja el compañerismo y la solidaridad.

El pasado es un puñado de recuerdos. Cuando tomó la decisión de superar las dificultades, nada ni nadie la paró.

“Todo se fue dando simultáneamente. Salí a la calle a hacer desastres.”

Matías Brundé

(Docente de Informática)

“Es difícil enumerar todo lo que aprendo de mis alumnos”

Cuando me hicieron la propuesta de sumarme a UniTE, sentí un desafío. Nunca había dado clases para adultos mayores. Comencé en 2006 y se convirtió en una experiencia maravillosa. Clase a clase podés enseñarles el manejo de un mouse, del teclado..., pero cuando empiezan a hablar, a soltarse, aprendés mucho de ellos.

Desde que llegué al programa hasta ahora, el alumnado cambió para bien. Al comienzo, era muy cerrado, individualista, no compartía el conocimiento que tenía, cada uno estaba en su computadora y no se consultaban entre ellos. Ahora son más compañeros, trabajan en grupo y son más solidarios.

Es difícil enumerar todo lo que aprendo de mis alumnos, pero me atrevo a decir que la paciencia y la tolerancia entre pares es lo primordial. En el aula, te encontrás desde un ama de casa que se dedicó a la crianza de los hijos hasta un ingeniero que fabricó la primera pieza de un Torino. La voluntad por aprender más y el respeto hacia el profesor son cosas que no se ven en cualquier aula. Ellos tuvieron una vida totalmente analógica y ahora se encuentran con una vida digital un poco distante.

Es increíble: el día de la inscripción puedo distinguir al alumno que recién entra de aquel que ya viene cursando. Cuando los veo anotarse, entran con temor, con enojo, y con el tiempo te confiesan que ingresan temerosos de ser maltratados, pero después se encuentran con un espacio de respeto, y eso es fabuloso.

Recuerdo a una alumna que vivía con depresión y los hijos no lo sabían porque la iban a visitar sólo una vez por semana. Una amiga de ella que sí sabía lo que le pasaba la convenció de asistir al programa. “Descubrí una vida nueva”, reconoce ahora. A veces, uno no toma magnitud de lo que provoca en el adulto mayor porque para ellos es súper importante, les cambia la vida, la cabeza.

A partir de que volvieron a retomar los estudios en los cursos, varios alumnos se animaron a estudiar una carrera. Hasta se dio el caso de que una abuela y su nieta cursaran las mismas materias.

Una de las razones por las que los adultos mayores se acercan a las nuevas tecnologías es para aproximarse a los más chicos porque sentían que estaban quedando fuera de ese mundo de los jóvenes. Recuerdo que una vez trabajamos para que pudieran editar un video hogareño. Fue un éxito total. Con la crisis de 2001, muchos afrontaron la situación de ver cómo sus hijos se iban a vivir a otro país. Para no perder el contacto y estar comunicados con su familia, recurrieron a la tecnología. Varios abuelos llegaron a UniTE por esa necesidad.

UniTE es importante no sólo para sus estudiantes, sino para toda la Facultad y la comunidad en general. Para los adultos mayores, es una recarga de energía. Cuando toman confianza, empiezan a sociabilizar y dejan de estar aislados. Para el docente, es una experiencia muy linda, te agota, te consume la energía, pero verlos a ellos administrar su tiempo de otra manera, aprendiendo y demostrando que nunca es tarde, te llena de alegría.

El orgullo de ser un *techie*

Desliza el dedo índice sobre la pantalla de izquierda a derecha. Sale de ahí. Ahora de arriba y abajo. Pasan imágenes. Busca una y otra vez entre las miles de fotos. Hay muchos, muchos, muchos retratos de paisajes. Otros tantos de él con vestimenta folclórica. También de su familia, que es numerosa y está repartida por todo el mundo. “¿Dónde estarán las fotos de mis nietos?”, se pregunta. Selecciona una de la galería, pero no es la adecuada. Es uno de los típicos videos mandados en cadena al WhatsApp. Uno de esos con música, que hace acordar a los ringtones polifónicos de los celulares Nokia 1100, e imágenes hechas con Paint. De esos, tiene bastantes. Se los mandan a cada rato y le llenan la memoria del teléfono.

Pelo gris, lentes cuadrados, un pañuelo azul oscuro en el cuello con una hebilla plateada y un sombrero que lleva cuando va todos los fines de semana a la plaza de Lomas a bailar folclore con su grupo de amigos y que lo caracteriza ante los demás. Podría definirse como un amante de la tecnología con ocho décadas de vida, un *techie* transgeneracional.

Pide un té, sin azúcar, y espera que se enfríe un poco antes de empezar a tomarlo. Chequea su celular y lo guarda en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Tiene tantos grupos de WhatsApp, “aplicación que superó a todas por su gratitud y porque es más fácil de usar”, que nunca llega a responder todos los mensajes que le mandan en el día.

Dice que prefiere usar “el celu” antes que la PC, porque el celular es una “pequeña computadora y más práctica”. Además, ahí tiene las otras aplicaciones o “apps”, su “Face” y su Instagram. Se maneja bastante bien por Skype y tiene Twitter, pero no lo usa porque no le gusta.

Aldo Luis Zanin tiene 82 años. Creció en el campo, es oriundo de Ingeniero Balbín, un pueblo ubicado en el noroeste bonaerense, cerca del límite con Santa Fe. Ese lugar “murió” cuando sacaron el ferrocarril. Luego, se fue a otro pueblo cercano, Germania; después a la provincia vecina y de ahí a Buenos Aires.

A lo largo de su vida, llevó las cuentas de una empresa y formó parte de una cooperativa de electricidad, entre otras actividades. Ahora disfruta de su jubilación y vive cerca del Parque de Lomas junto con su esposa, Edith. Es padre, abuelo, bisabuelo y, según quienes lo conocen, “un maestro de la tecnología”.

“Cuando arranqué Informática en UniTE yo les enseñaba a mis hijas. Les mostré como usar el pendrive; ellas seguían usando los CD’s para almacenar cosas. No me creían que en un aparatito tan pequeño entrara la información. En esa época, los ‘90, casi nadie sabía qué era ni para qué servía”, detalla.

Ríe cuando cuenta esta anécdota y siempre la repite a la hora de intentar explicar lo bien que se maneja con la tecnología: es el encargado de realizar los retoques de las fotos con Photoshop cuando su familia se lo pide. El Corel Draw y otros programas también son su fuerte.

Una de las cosas más importantes para él es el apoyo de la familia, la que tiene cerca, en zona sur, y la que vive del otro lado del océano, en Italia, tan lejos, pero tan cerca desde que existe Internet. Son parientes que encontró buscando un día a través de Facebook mientras usaba la PC hogareña.

Toma un poco de té y habla de lo fácil que fue encontrar a través de las redes sociales a su familia italiana y de lo importante que es la tecnología “porque acerca a las personas... a veces”. Y amplía su reflexión: “El celu te ayuda a comunicarte con lo que están a la distancia, pero a veces te aleja de los que están cerca. Como me pasa con mi nieto cuando estamos comiendo y está mirando la pantalla”.

Aldo fue el encargado de digitalizar varios documentos administrativos de la Asociación de Alumnos del Programa UniTE (AAPU) y de redactar los comunicados que repartían luego en la facultad. Además, puso su casa y su computadora a disposición para armar e imprimir el boletín oficial, junto con distintos compañeros de curso. Destaca que durante la crisis de 2001 la AAPU juntaba 5 pesos por mes entre los alumnos para pagarles a los profesores con el fin de que el programa siguiera.

Aldo cursó diversas asignaturas –Periodismo, Radio, Idiomas, Informática, entre otras– y aún continúa en su “segunda casa” –participa del curso de Teatro–. El amor hacia la institución, la amistad, los compañeros, los profesores y las ganas de aprender son sus mecanismos fundamentales, maravillosas piezas de computadora que lo impulsan a asistir a las clases con tanta alegría que sólo falta cuando tiene algún compromiso con sus nietos.

Si hay proyectos, no hay vejez

Sólo llegó hasta sexto grado del primario. Aquel Ingeniero Balbín quedó en la nostalgia: en la actualidad sobrevive con 60 habitantes. Aldo visita el pueblo cada año, sin falta, y recorre la escuela de su infancia junto con su compañero de banco, que aún vive allí, y ambos se sientan por horas en el mismo lugar. Charlan del pasado, pero también del presente y del futuro, de la necesidad de viajar y estudiar, más allá de la edad.

Siempre que puede está de viaje, tanto como la salud y su jubilación se lo permiten. Atesora una galería de más de 7 mil fotos, todas subidas a “la nube” para “no correr el riesgo de que se pierdan”. Por eso, cuando saca su celular y busca la imagen de sus nietos, recuerda que no la encontrará allí. Antes, la memoria acumulaba toda la información y un día colapsó. Aldo perdió todo y decidió empezar a subir todo a “la nube” para que no le volviera a suceder nunca más.

Se jubiló en 2000 y rápidamente empezó a buscar actividades que lo “mantuvieran en movimiento”. Algunos amigos le comentaron sobre la Universidad de la Tercera Edad y allí fue. “No tuve miedo de ir y eso le diría a los que me preguntaran si empezar o no a estudiar algo o concurrir. Para mí, se es viejo cuando se deja de tener un proyecto. Mientras tengas un proyecto y ganas de estudiar, envejecerá tu esqueleto pero no tu interior”, afirma mientras marca las palabras golpeando los cantos de las manos sobre la mesa.

Defender la enseñanza pública

Se distrae un segundo de la conversación y gira la cabeza. Lo saluda un amigo de un curso de UniTE. Se ponen a charlar y entre risas acuerdan encontrarse en unas semanas. “Todo esto no pasaría si no viniera al programa. ‘Hola, Aldo, ¿cómo estás?’ Escucho por los pasillos o a veces cuando voy caminando por mi barrio o a comprar al almacén. Es toda gente que conocí acá”, sonríe. Conoce a tantos que a veces lo saludan y no recuerda qué cursó con ellos. Siempre se reúnen a fin de año a disfrutar de un asado. La unidad está afuera y adentro, en ese “segundo hogar”, como cuando la continuidad de UniTE peligró por falta de recursos tras la crisis de 2001.

Se acomoda los lentes e infla el pecho para hablar de “lo lindo” que es cursar.

-¿Por qué UniTE tiene tanto éxito?

-Por muchas razones. La primera es la gratuidad. La segunda, y muy importante, es el apoyo de las autoridades de la Facultad. La tercera, los profesores, que si hay algo que los caracteriza es que tienen una paciencia admirable. Y, por supuesto, que la gente sigue estudiando.

Hace una pausa y frunce el seño. Recuerda las palabras de la gobernadora María Eugenia Vidal –“Nadie que nace en la pobreza en la Argentina hoy llega a la universidad”– y reflexiona: “Tengo miedo de que vengan por el programa. Seguro que si bajan los fondos económicos para las universidades van a tener que recortar. Lo que no entienden es que UniTE es la solución para la gran mayoría que no nos gusta quedarnos sentados en un club todo el día jugando a las cartas. Esta Universidad es un ícono y es una iniciativa que hay que defender a capa y espada”.

Elogio de la tecnología

Si se busca *techie* en Google, lo primero que aparece es “término derivado de la palabra tecnología para referirse a toda persona que muestra un gran interés, a veces incluso obsesivo, por la tecnología, así como por dispositivos de alta tecnología, particularmente por las computadoras”.

-¿Te considerarás un *techie*?

-Sí, bastante. La tecnología no es difícil, es práctica. Tenés que usar, usar y usar hasta que te salga. También te tienen que enseñar con mucha paciencia, como los profesores y profesoras de acá. Ya no tenemos la misma rapidez para aprender que los jóvenes.

Corre el vaso de telgopor blanco, que ya está vacío, hacia una esquina de la mesa. Saca de su bolsillo izquierdo su celular. Está buscando algo en su galería. Sin querer pone un video animado de esos que le mandan casi todo el tiempo por WhatsApp. Busca una foto de sus nietos, no la encuentra. También está subida a “la nube”.

El saber rejuvenece

Cuando en 2002 el MSN daba los primeros pasos en Argentina, una computadora era un artículo de lujo y todavía faltaban dos años para que Mark Zuckerberg creara Facebook, Clidez Ponce venció sus temores y se anotó en los primeros cursos de Internet y computación de UniTE. A partir de esa experiencia, comenzó a transitar un camino que la llevó a la edición de videos, el uso de Photoshop, la producción fotográfica y, sobre todo, a sentirse con una mayor seguridad en sí misma. Fue una visionaria.

Clidez nació en Alto Alegre, provincia de Córdoba, el 18 de octubre de 1939. A los 11 años, su familia se instaló en Lomas de Zamora, ciudad en la que todavía ella vive. Años más tarde se casó y tuvo dos hijos, Nora y Rubén, que a su vez tienen dos hijos cada uno. Nora es madre de Geraldina y Jonathan, mientras que Rubén es padre de Ailén y Ezequiel.

A través de Silvia, la esposa de Rubén, Clidez entabló amistad con su conuegra Elba Lidia Gauna, junto con quien se anotó en aquel primer curso de Internet. Según recuerda, a ambas les llamó la atención un recuadro en el suplemento zonal de un diario porteño en el que se promocionaban clases para personas mayores de 60 años, sin necesidad de ningún estudio previo.

Este último punto entusiasmó a Clidez. No haber podido terminar el secundario siempre le resultó una traba. Luego de 16 años de aprendizaje en UniTE, todavía siente tristeza por esa etapa inconclusa de la educación formal.

“Quería saber Internet porque ya se vislumbraba que iba a ser lo que iba a dominar el mundo”, reconoce Clidez, que agradece todos los días saber manejar las tecnologías por el nivel de empoderamiento e independencia que adquirió. En su casa se encarga de pagar los impuestos, hacer diversos trámites *online*, comunicarse y escanear documentos, sin necesidad de la ayuda de sus hijos o sus nietos.

En su primer día de curso, temblaba de los nervios, tenía miedo de que las cosas no le salieran. No podía imaginarse dominando una computadora. Ni bien

tocó el mouse, lo deslizó a casi un metro de distancia de donde estaba el resto de la máquina, mientras que Elba intentaba usarlo separado de su contacto con la mesa. Hasta ese momento, la única relación existente entre Clidez y la computadora había sido prenderla, jugar al solitario y apagarla. Sonríe cada vez que recuerda esa escena y admite que ellas fueron capaces de “tomarle la mano” rápidamente porque “se ve que teníamos la voluntad de aprender”.

En la clase, la frase “mis nietos no me quieren enseñar” parecía la premisa que había llevado a todos a anotarse en ese curso. Sin embargo, a la hora de querer transmitirle esos conocimientos a su marido para que él también pudiera manejar una computadora, Clidez comprendió que los nietos no tienen mala voluntad, sino falta de paciencia y al no ser maestros no saben cómo explicar aquello que ellos aprendieron “tocando”.

Hoy, junto con sus compañeras, no sólo conoce los secretos de navegar en la web. Esa misma curiosidad por adaptarse a los avances tecnológicos la llevó a hacer el curso para manejar smartphones y ahora se comunican mediante un grupo de WhatsApp llamado “Amigas UniTE”, en el que organizan salidas, comparten memes y fotos de sus nietos.

La Universidad de la Tercera Edad no sólo le brindó nuevas amigas; también le permitió comunicarse con ellas al mejor estilo del siglo XXI: no importan los estudios alcanzados o qué las llevó a anotarse en tal o cual curso; atravesar por nuevas experiencias las hermanó.

Gracias, maestros

A los 16 años, Clidez tuvo que dejar la secundaria y salir a trabajar ante una grave enfermedad de su padre. Casi medio siglo después, a los 62, retornó a las aulas para aprender Internet e informática. Sus ganas de aprender no se quedaron ahí; también le tomó el gusto a la edición de videos, incluso tiene un canal de YouTube con más de 220 suscriptores, en el que pueden encontrarse videos de fotos musicalizadas de hongos y setas, flores de cactus y otras recopilaciones de imágenes (siempre con la aclaración del autor del tema y si las imágenes las tomó ella o son sacadas de Internet). Uno de los audiovisuales que más la enorgullece es el que le hizo a su bisnieta en 2017 para la fiesta de su primer año.

Clidez siguió creciendo en sus estudios y descubrió que el diseño era algo que la apasionaba. Hizo varios cursos de Photoshop y en 2009 obtuvo el segundo lugar en un concurso organizado por UniTE por su obra “Partiendo de una manzana”: el dibujo de una manzana se transforma con puertas, ventanas, una chimenea y un parque, y se convierte en una casa. También realizó seminarios de Corel Draw y de otras herramientas *online*, como el Canva, con las que hace tarjetas para los cumpleaños de sus nietos.

Hace algunos años, más entusiasmada por continuar su aprendizaje en el diseño que por otra cosa, empezó a tomar clases de fotografía, a cargo de la profesora Irene Farías. Comenzó con una cámara digital y hoy saca fotos con una Nikon Coolpix. Incluso confesó que está “enloquecida”, que quiere seguir aprendiendo a sacar fotos y que puede pasar horas frente a la computadora editándolas.

Farías fue uno de los docentes de UniTE que más inspiró a Clidez a lo largo de sus años de estudio y quien detectó el “ojo” que su alumna tenía para la fotografía. A este grupo también se suman Julio Foster, también en el curso de Fotografía Digital; Matías Brundé, en Uso del Celular e Informática, y Miguel Palma, en Internet I y II y Photoshop.

Clidez recuerda lo mucho que Palma la ayudó a levantar su autoestima en sus primeros pasos, por su timidez y su falta de confianza en sus capacidades. Durante una de las clases, el profesor la escuchó mientras le decía a una de sus amigas que no creía que ella pudiese cumplir con la consigna solicitada, “que eso no era para sus neuronas”. A la otra semana, Palma eligió el trabajo de Clidez para mostrarlo ante los demás alumnos. Así fue acompañándola en su proceso de aprendizaje. “Me hizo levantar mi autoestima cuando vi que podía avanzar en las cosas que el profesor pedía. Siempre fui tímida y eso me animó a hacer más cosas y no ser simplemente una fregona que siempre estuvo en su casa”, grafica sobre esa experiencia.

Hacer lo que uno quiera

Clidez se convirtió en una usuaria muy activa en redes sociales, sobre todo en Facebook, a través de las cuales interactúa con sus amigas, sus nietos y el resto de la familia. Tiene una cuenta en Twitter que no usa porque no le entu-

siasma y sus compañeras no tienen. Instagram es territorio de los nietos y los más jóvenes: “Las abuelas ya estamos en Facebook”, asegura y admite que el conocimiento sobre tecnología e Internet la hace feliz porque puede hablar “de igual a igual” con sus nietos.

Una vez, su nieta más grande, Geraldina, le llevó lana y un modelo de cuello tejido con un punto que Clidez nunca había visto. Ante el desafío, miró varios tutoriales en YouTube hasta que sacó cuál era el punto que necesitaba para hacer el cuello. Cuando lo terminó y se lo dio a su nieta, Geraldina, en agradecimiento, la etiquetó en una publicación en Facebook.

Por medio de esta red social, Clidez encontró a su amiga de la infancia con quien había perdido contacto desde que se había ido a Córdoba, a los 11 años. Recordaba que le decían Cuqui y que su apellido era Abaca, pero eso no era suficiente. Un día halló una foto que ella le había dedicado y que estaba firmada con su nombre: Élida. Le envió un solicitud de amistad en Facebook y se reencontraron.

Luego de 16 años en las aulas universitarias, cada vez que le hablan del programa para la tercera edad, Clidez se llena de orgullo y afirma: “Gracias a UniTE supe valorarme, supe pensar que podía hacer cosas, logré hacer todo lo que me enseñaron y aplicarlo. A medida que van pasando los años digo qué bueno que fui, porque no soy de hacer cosas, no me animaba. Al no estudiar la secundaria sentí que algo me faltaba”.

Actualmente, no sólo mantiene en orden las finanzas de su casa al pagar los servicios y hacer trámites por Internet, sino que disfruta de jugar en línea, bajar música, aprender con tutoriales, leer libros de suspenso y, desde que una de sus nietas le pasó la contraseña, se volvió adicta a Netflix, donde maratoneó *La casa de papel* y *Gran Hotel*, entre otras series, hasta la madrugada.

Clidez está convencida de que a su edad hay que hacer lo que a uno se le dé las ganas para “vivir los últimos años tranquila”. A su hija y a sus nietas les aconsejaría disfrutar cada momento, cada proceso de la vida que estén atravesando, porque ella lo aprendió cuando se dio la oportunidad de volver a estudiar.

“El saber rejuvenece”, asegura. Y lo fundamenta con una experiencia. Junto con su marido, asistía a un centro de jubilados en el que habían armado una biblioteca, cuyo registro de préstamos y devolución de los libros lo había organizado Clidez en una planilla de Excel. Pero dejó de ir porque tener amigas en

la Facultad, estudiar y relacionarse con otros estudiantes la hacía sentirse más joven que los jubilados que iban al centro.

No haber completado la escuela secundaria aún la entristece. Rescata su fuerza para vencer los miedos y anotarse en la universidad. “Mientras camine voy a seguir yendo, con bastoncito y todo”, enfatiza. Durante mucho tiempo le dio vergüenza hablar; sentía que no tenía el léxico suficiente como para expresarse. UniTE le enseñó a plasmar en imágenes lo que ella no podía manifestar con palabras.

Jorge Cabrera
(Docente de Literatura)

“Hay personas que dejan huellas y se extrañan cuando no vienen más”

Empecé a dar clases en UniTE hace doce años, cuando Ana Peluso era directora del programa y vicedecana de la Facultad de Ciencias Sociales. Aunque coordino talleres literarios desde 1985, fue mi primera experiencia con adultos de la tercera edad. Peluso me había dicho que los alumnos del programa eran bastante exigentes con los docentes. Ellos están en una etapa de la vida en la que no van a un espacio institucional a ver de qué se trata, sino a buscar algo concreto para aprovecharlo al máximo.

En 2006, el Taller de Literatura era anual y había otra coordinadora, con quien desarrollamos algunas tareas en forma conjunta. Después, el curso pasó a ser cuatrimestral y quedó a mi cargo. Dos años después, Norah Golan, amiga y docente del programa, me comentó que los alumnos venían pidiendo un café literario y me sugirió armar uno. Así nació la idea.

En cada encuentro, nos circunscribimos a un tema, un género o un autor en particular. Yo propongo el tema y apporto algunos detalles, pero son los estudiantes quienes se encargan del decorado y los elementos que hacen falta. En ese sentido, su compromiso es fuertísimo. Los alumnos están muy enganchados con el programa y agradecen mucho la posibilidad de tener esto a su edad. Les propongo lecturas grupales, habitualmente, en base a un texto de un autor consagrado para que lean en sus casas y después hacemos una puesta en común. Que los grupos sean numerosos ayuda a mantener el interés, porque vuelve más dinámico el taller.

Si bien cada cuatrimestre tenemos alumnos nuevos, hay gente que vuelve. Eso implica un desafío para ellos y para mí, porque nunca es totalmente nuevo lo que los docentes podemos aportar. El promedio por cuatrimestre es de 35 alumnos.

Los estudiantes de UniTE son muy activos, aun a costa de los padecimientos físicos. Algunos vienen con bastón y a otros los traen. Puede pasar que se descompensen en clase y haya que llamar a la emergencia o que no puedan venir porque están enfermos. Al principio, esto fue un poco dramático, porque yo no estaba acostumbrado. Hay personas que dejan huellas y se extrañan cuando no vienen más. A los estudiantes las ausencias los afectan en el momento del duelo, pero saben que están en una etapa en la que hay que elaborarlo rápidamente y seguir viviendo.

El sonido de la guitarra y de las palabras en inglés

Un cuarto especial: un estudio de música detenido en los '80, en Lomas de Zamora. Un reloj redondo, a cuerda, de los antiguos, que aún funciona y el ruido hace de metrónomo, se eleva sobre un archivero. No hay computadora, ni equipo de música de última generación. La biblioteca explota de libros; otro archivero guarda partituras. Dos guitarras en sus estuches: una era de su padre, una "Antigua Casa Núñez"; la otra la hizo un luthier amigo que ya falleció. Algunas sillas, un atril, un banco para apoyar el pie, una publicidad de un recital de Eduardo Falú enmarcada y con dedicatoria. Varias fotos tapizan las paredes, pero sobresalen dos: una de su amigo Cacho Tirao, otra de Jimi Hendrix, todo un arco conceptual de estilos y talentos musicales.

Contra la pared, un escritorio con papeles y un diccionario de inglés para estudiar. Después de una vida dedicada a la música, Lucio Núñez ahora está abocado a eso, a estudiar inglés en el programa UniTE. Definitivamente su vida es mirar hacia adelante, no perder un minuto sin conocer, sin ser curioso, sin tener hambre de aprender.

Lucio es guitarrista clásico. Comenzó a estudiar a los 8 años, en la provincia de Salta. Su padre, su primer profesor, acompañaba a cantores, principalmente de tango, y era un excelente bailarín, aunque nunca le enseñó a bailar. Pero sí le enseñó el método de "solfeo rezado", que ahora Lucio recuerda como un espanto, y se ríe. Luego, siguió con maestros de guitarra y de piano que no eran profesionales, solo gente que en sus ratos libres enseñaba, pero sin un marco académico –Salta no contaba con escuela de música–.

Por esa época, Lucio tocaba temas populares, la música que se escuchaba en la provincia, pero carecía de instrucción en lo clásico. A los 13 se independizó de su padre en la guitarra y empezó como autodidacta. A los 18, después de terminar el secundario, viajó a Buenos Aires, sólo con una valija y su guitarra. Su primera vivienda fue un cuartito pequeño en el barrio porteño de Saavedra. "En ese momento –1958– Buenos Aires era un placer. Me encantaba tomar taxis y hablar con los choferes y que me contaran cómo era antes. Tenían una cultura popular

muy grande. Me gustaban los relatos sobre el mundo del tango”, recuerda.

Trabajó en una oficina contable para poder mantenerse y le fue muy bien. Conoció a gente importante que le ofreció buenos puestos de trabajo, pero no los quiso. Por esas cosas de la vida no pudo ingresar en el Conservatorio Nacional. Se lo impidió el “piano complementario”, una materia que debía padecer hasta cuarto año, con un instrumento que jamás había practicado. Y se acercó a la Asociación Guitarrística Argentina para estar al tanto de los concursos, las actividades y los talleres. En ese lugar tocó su primer concierto.

Luego tuvo un parate por algo que consideró una desinteligencia técnica: la buena guitarra clásica no estaba en Buenos Aires, sino en Rosario, Paraná y Montevideo. En la Capital, las enseñanzas de guitarra apuntaban a la música popular y eran excelentes, como el caso del maestro Roberto Grella. Además, se le sumó la colimba. Pero su condición de músico lo puso bajo la protección de un teniente coronel que lo mantuvo cerca para que pudiera armar guitarreadas cada vez que quisiera. Tuvo la suerte de no conocer el cuartel y se fue en la primera baja.

Al retornar a la vida civil, empezó Derecho en la Universidad de Buenos Aires, pero al tiempo se dio cuenta de que no era lo suyo. Por eso, a los 23, volvió a agarrar la guitarra con entusiasmo, con la decisión de que pasara lo que pasase se iba a dedicar a su pasión. Renunció al empleo que había conseguido y se dejó llevar por el impulso de los tonos de su guitarra. Volvió a estudiar solo, como lo había hecho tantos años.

La dedicación y la práctica lo llevaron a ganar concursos y obtener críticas favorables, que le facilitaron relacionarse con grandes maestros. Logró asociarse con otros guitarristas, con quienes fundó un instituto, donde comenzó a dar clases y se convirtió en docente para siempre.

Alentar a la sangre joven

El rock and roll empezaba a sonar con fuerza en Buenos Aires, pero él estaba muy concentrado en lo suyo. Jamás integró una banda, pero desde la distancia pudo apreciar a los artistas de ese género. También el folclore ganaba en popularidad, con cantores como Horacio Guarany, que trascendían las regiones y

las edades. Y aunque él siempre amó ese estilo, lo estimó desde la distancia.

Con el prestigio adquirido, lo llamaron para dar clases en el conservatorio “Julían Aguirre”, en Banfield. Lo recuerda como un espacio prestigioso, con profesores que eran próceres en cada instrumento. Desde la humildad, empezó a forjar su prestigio como docente. Era 1968 y se quedó ahí hasta jubilarse.

Luego, agregó el conservatorio de Morón “Alberto Ginastera” –nombre surgido en una votación, propuesto a instancias de él–, un instituto de calidad, modesto y amistoso, con profesores de excelencia. Siempre se caracterizó por llevarse bien con la gente joven, con la sangre urgente de música que lo veía como un ejemplo.

Años después, también dio clases en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, cada 15 días. Le imprimió un tinte popular a su nueva tarea con la idea de “formar muchachos”, como él dice, para que la música trascendiera las barreras del tiempo.

Su camino musical lo llevó a viajar; lo hizo de grande, “en el momento justo”. Se encontraba en su plenitud y podía interpretar obras complejas. “Salir del país es difícil. Tenés que conectar, arreglar. No es lo mismo cuando sos mayor o cuando sos un pibe y no te importa dónde te instalás”, analiza. Pero en 1990 recibió una invitación y tuvo que hacer sacrificios para comprar el pasaje. La persona que más lo impulsó a viajar fue su esposa, con la que lleva cuarenta años de matrimonio.

Esa aventura lo hizo participar en los festivales de Estocolmo (Suecia), Friburgo (Suiza); Drammen y Oslo (Noruega); Malmö (Suecia) y Helsinki (Finlandia), entre otros. A ese itinerario se sumó tocar en las casas culturales de Suecia, Suiza y España. También integró el jurado en el Concurso Internacional “Mauro Giuliani” de Bari (Italia). En esos años, tuvo el privilegio de ser reconocido por la Escuela de Música de Popoli, Italia, como “Director Honorario”.

La guitarra lo llevó a conocer lugares increíbles y artistas de renombre. Fue amigo de Cacho Tirao y de Eduardo Falú, a quien considera un “maestro”, y tomó clases con el español Narciso Yepes. “Sos un gran pintor, porque con tu guitarra conocés la armonía de los colores”, lo elogió el maestro Benito Quinquela Martín en cierta ocasión.

Cuando llegó el momento de jubilarse, sus alumnos de Entre Ríos quisieron que siguiera: organizaron una manifestación por su continuidad. Nada pudieron hacer: Lucio tenía la edad y los años de servicio cumplidos. Pero esa nueva situación no deprimió al flamante jubilado. El trabajo ya estaba hecho, las se-

millas plantadas. El amor que despertó en sus alumnos –muchos trabajaron con él con el paso de los años; a otros les dio una mano para poder conseguir oportunidades– fue reconocido en 2011 por el municipio de Lomas de Zamora, que lo declaró “Ciudadano Ilustre”.

A las aulas, como alumno

Luego de una vida entregada a la enseñanza y a la música, era tiempo de saldar cuentas. Llegó al programa UniTE para estudiar inglés con sólo unas nociones básicas adquiridas con una profesora particular. Se inscribió en la Universidad y pasó el primer nivel sin inconvenientes. El segundo y el tercero le dieron más trabajo, pero la curiosidad y el hambre de aprender resultaron un impulso para superar las dificultades.

UniTE le hizo conocer un mundo nuevo, se sintió renovado. Descubrió la calidad de la enseñanza, moderna y original; profesores “maravillosos y entregados a su tarea” y, en especial, el compañerismo. Tiene la certeza de que para un adulto mayor no es bueno quedarse en su casa acurrucado y solo. Afirma que “el ambiente cultural y el nivel son altos. Hay muchas personas que hablan inglés muy bien”. Muchas veces pensó en dejar, porque sentía que otros sabían más que él. Pero pudo superar ese complejo y siguió adelante con su objetivo. Allí estuvieron sus compañeros, para ayudarlo.

En UniTE recuperó sus habilidades como folclorista. En las aperturas y los cierres de cada ciclo lectivo deleita a compañeros y profesores con zambas que todos cantan.

Un desafío lo espera en 2019: la computación. Su ambición de aprendizaje lo llevará a navegar por el código binario como lo hizo durante más de siete décadas por las partituras.

La felicidad entre Sint-Niklaas y el Parque de Lomas

A los 19 años y recién casada, Hilde Rombaut llegó a Argentina desde Bélgica, para escapar de los desastres dejados por la Segunda Guerra Mundial. Contaba con cuatro años de secundaria (con orientación Comercial) y no contemplaba transitar por la educación superior, porque “era imposible que el hijo de un obrero fuera a la universidad”. Medio siglo más tarde conoció una facultad por primera vez, cuando se acercó a UniTE para aprender Informática. Permaneció en el programa por casi 15 años y coordinó la edición del boletín de los estudiantes durante 12.

A los 88 años, vive cerca del Parque de Lomas, donde se radicó en 1952. Hacer un mandado le toma toda la mañana, pero no por dificultades físicas: a cada paso surgen charlas con vecinos. Cuando arribó al país la situación era diferente. Hablaba en alemán porque en la fábrica en la que trabajaba su marido eran todos de ese origen. No obstante, el idioma resultó un problema pasajero y con el paso del tiempo lo dominó, aunque aún conserva un acento particular. Hilde es políglota y, además del castellano y el alemán, habla holandés, francés e inglés.

Atrás quedó su Sint-Niklaas natal, donde a pesar de la guerra tuvo una infancia y adolescencia tranquilas. “Estábamos preparados para la emergencia. En comida y demás cosas sí lo sentí, pero fui una afortunada”, evoca. Recién cerca del final de la contienda, cayó una bomba a unos 300 metros de su hogar, que provocó la voladura del techo.

Su marido, Frank Engels, a quien todavía no conocía, no corrió la misma suerte: como todavía era menor de edad, no estaba en el Ejército, pero igual fue movilizado al sur de Francia, ante la posibilidad del envío de tropas a Inglaterra. Sin embargo, los nazis avanzaron y el plan se frustró. Fue reclutado y luego forzado a trabajar en las fábricas alemanas. Al finalizar el conflicto bélico, quedó varado junto al río Elba, la frontera que dividió a Alemania, y con una balsa emparchada logró cruzar a la parte occidental por temor a los soviéticos.

Tras la guerra, Frank recibió la propuesta de un tío para ir a trabajar a Argenti-

na. Con tres meses de casados, en noviembre de 1949, Hilde y Frank dejaron una Bélgica diezmada por los combates y la ocupación nazi, y convirtieron a Lomas de Zamora en su nuevo hogar.

Accedieron a su casa mediante un crédito y vieron cómo se poblaba el barrio. “Eran cuatro viviendas en esta cuadra y el resto, descampado”, recuerda.

Con los años llegaron hijas, nietos y bisnietos. Tuvieron dos hijas –la primera falleció a los 39 años y la menor vive en Australia desde 1987–, seis nietos y once bisnietos. Gracias a Internet, Hilde mantiene el contacto con ellos. Siempre estuvo en contacto con sus familiares belgas y cada diez años viajaba junto con su marido. En 2013 hizo la última visita, para despedirse de su país. Ella dice que su “pieza de rompecabezas ya no encaja en Bélgica”, aunque tampoco se siente cien por ciento argentina. Encontró en Facebook una herramienta indispensable para comunicarse con sus parientes y visita los portales de noticias para seguir la actualidad belga.

Hilde acepta las limitaciones propias de la edad, maneja otros tiempos. “Slow-down” (“ir despacio”), expresa para describir su situación y demostrar que sus habilidades con el inglés siguen intactas.

Abuela por adopción

Hilde conoció UniTE en 2000, por un folleto que le dieron en la oficina para la Tercera Edad instalada en el Parque de Lomas. Buscaba alguna actividad para realizar, porque el médico le había prohibido el atletismo, una de sus pasiones. Se interesó en el curso de Informática; no sabía nada sobre computación. La adaptación fue tan rápida que para fin de año ya estaba ayudando a sus compañeros. “El profesor Lautaro Perot me pidió que fuera su ayudante”, rememora con orgullo, aunque en un principio le trajo algunos inconvenientes con sus compañeros: “Yo me acercaba para explicarles y no se dejaban, después el profesor intervino y todos entendieron mi rol”.

Era tal el entusiasmo que Frank decidió regalarle una computadora, la misma que hoy ocupa un lugar importante en su living y que tanto provecho todavía le sigue sacando.

Ese fin de año, Frank conoció al docente y le “recriminó” la nueva actividad de

su esposa: “¿Así que vos sos el culpable? Ahora mi mujer está continuamente en la computadora y yo tengo que cocinar y lavar. ¡Te voy a matar!”, bromeó.

En los primeros años del programa, los alumnos y los talleres no eran numerosos y los profesores trabajaban ad honorem. Esa situación la impulsó a unirse a la Asociación de Alumnos del Programa UniTE (AAPU). “La idea era juntar plata para los viáticos de los profesores”, cuenta Hilde.

Atesora los recuerdos de sus años en UniTE con devoción. No olvidará jamás el momento más conmovedor que vivió en su paso por la Facultad: “Siempre nos cruzábamos con chicos en el bufet y una alumna me pidió que fuera su abuela”.

Durante varios años, cada fin de curso se encargó de comprar birretes para los egresados. “Era un grupo muy lindo y no teníamos ninguna experiencia”, describe. Para sus profesores sólo tiene palabras de agradecimiento y elogios, aunque reconoce que a veces no se las hacía fácil. “No soy un personal dócil”, reconoce. Pero con diferencias y todo, a la salida de las clases se quedaba charlando con ellos en la parada de colectivo.

Pasó por todos los cursos, pero remarca que siempre de a uno o dos: “Esa es la cantidad justa si uno quiere participar e investigar como corresponde. Conozco gente que participaba de cinco y no llegaba a nada”.

También guarda un grato recuerdo de los viajes que compartió con sus compañeros y profesores. San Juan, Mendoza y Paraná fueron algunos de los destinos.

En 2015 dejó de asistir. Algunos meses antes, su marido había fallecido. Además, sus problemas auditivos se le habían pronunciado. Si bien cursaba con el audífono en uno de sus oídos, debió comenzar a utilizar los dos. Su sordera se produjo por vejez y herencia. “Mi padre y toda su familia murieron sordos; si uno no hereda las riquezas, la enfermedades sí”, reflexiona con simpatía.

La sordera era uno de los factores comunes en los cursos, aunque muchos no lo reconocían. Hilde tenía un método para identificar a las personas que perdían la audición: quienes se sentaban en los primeros lugares buscaban poder oír a los profesores.

Otra de las razones que la llevaron a abandonar UniTE fue el recambio generacional. “Ingresaba gente de 60 años o 60 y pico. Podrían ser mis hijos”, sostiene. Y no estaba alejada de la realidad: su hija cuenta con 64. Más allá de ser una ex alumna, aún mantiene contacto con sus antiguos compañeros, con quienes se ve de vez en cuando.

Las noticias de UniTE

Durante 15 años, los alumnos de UniTE publicaron un boletín; en 12 fue su coordinadora. Su participación en esas páginas es una de las mayores alegrías de su paso por el programa. En tres carpetas atesora cada una de las ediciones.

El proyecto surgió de una propuesta del profesor de Informática al primer grupo de egresados de la materia. La idea prendió, creció de a poco y llegó a contar con 16 páginas, en su última edición, en noviembre de 2016. “Fuimos autodidactas. Mirá si seríamos ignorantes que al principio ni títulos poníamos”, reconoce. Durante más de una década pasó las tardes sentada frente a la computadora para dominar el programa de diagramación.

“Yo ya tenía mis años y faltaba cooperación, pero me gustaba el trabajito”, cuenta y resalta que el producto final surgió de la prueba y el error: “Uno va aprendiendo de sus macanas. Fue un boletín hecho de macanas”.

El par de hojas iniciales aumentó y, además de los artículos, con el tiempo se sumaron páginas de entretenimientos. Los mismos alumnos se encargaban de vender los espacios publicitarios para costear las impresiones y de repartir los boletines. Los años de publicación también acompañaron el desarrollo tecnológico, ya que los primeros números eran grabados en disquetes y con el tiempo se adaptaron a las nuevas tecnologías.

Hilde dejó el proyecto antes de que se disolviera: “Mi intención era darle otra forma al boletín, pero no tuve colaboración de mi equipo”. Esa situación la llevó a dejar la coordinación en el número 45. Y, aunque tomó la decisión convencida, se lamentó de que se hubiera dejado de publicar.

A correr

Siempre le gustó el movimiento –“tenía un don para correr”– y, cuando sus hijas se independizaron, el atletismo se transformó en una buena salida. Desde mediados de 1982, compitió en los 200 y los 400 metros libres. Y no pasó

inadvertida: bajó todas las marcas argentinas de ese entonces y aún mantiene el récord en los 400 metros en la categoría de hasta 65 años del Círculo Argentino de Atletas Veteranos (CADAV), con un tiempo de 1 minuto, 21 segundos y 7 centésimas.

En 2000 debió dejar de competir porque el médico le detectó una arritmia y un aumento de la presión arterial, pero no se alejó por completo de las pistas de atletismo, pues siguió como jueza y fiscal en las competencias.

Sin embargo, sus pies siempre le “pedían correr”. Durante un torneo en el que estaba como fiscal, aprovechó un alto de la competencia para dar una vuelta por la pista. Cuando regresó a su casa, su marido le preguntó si le había hecho caso al médico y ella contestó afirmativamente. Lo que no tuvo en cuenta es que en ese torneo había cámaras que la habían captado corriendo. Por la noche, desde el sillón del comedor, Frank miraba la filmación del encuentro: “¿Me podés decir quién está corriendo allá?”. Pasados los años, ella recuerda entre risas: “Engañé a mi marido... amaba la pista”.

Su compañero de vida

Hilde y Frank eran de la ciudad belga de Sint-Niklaas y vivían a siete cuadras de distancia, pero no se conocieron hasta que ella fue a trabajar al negocio de un tío de él. “Frankie”, como ella lo llamaba, era seis años mayor, y hacía poco que había regresado de Alemania y estaba empleado en aquel mismo negocio.

Ya en Argentina, llegaron las hijas y más tarde los nietos, con quienes recorrieron el país entre los ‘70 y los ‘80: “Teníamos una casa rodante y nos quedaron pocas ciudades sin conocer. Disfruté mucho a mis nietos”.

“Siempre amamos las mismas cosas con ‘Frankie’”, evoca Hilde. Compartieron la pasión por el atletismo y el orgullo de participar en UniTE, aunque él desde su rol de profesor de Dibujo, tarea que desempeñó hasta casi los 90 años. Debió abandonar por dificultades para caminar. “Muchos de sus alumnos venían a visitarlo a casa”, cuenta Hilde con emoción.

Frank falleció hace tres años; Hilde conserva pocas de sus obras. Ella guarda una placa que la Facultad le entregó en reconocimiento a su labor. “Cuando vie-

ne mi hija siempre se lleva algo. Yo tengo 88 años, no me queda mucho tiempo de vida. Y quiero que las cosas que amo caigan en manos de personas que las van a cuidar”, explica Hilde y sintetiza: “Puedo mirar mi vida y estar satisfecha. Hicimos lo que quisimos y lo hicimos juntos: viajar, disfrutar del deporte y también la Facultad”.



Inscripciones (2013).



**Encuentro con la Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
de talleres de Inglés (2018).**



Egresados (2015).



Caminata por el campus (2014).



Feria del plato (2018).



Encuentro musical (2016).



Encuentro musical y teatral (2018).



Encuentro musical y teatral (2018).



Encuentro de Programas Universitarios (2011).

Norah Golan

(Docente de Mitos y Verdades acerca de la Memoria)

“Te das cuenta del valor de estos espacios de educación pública y gratuita”

Participé en el proyecto desde el comienzo. Fui una afortunada. Cuando todavía no había terminado la licenciatura en Trabajo Social y mientras hacía un curso sobre vejez, el director de la iniciativa, David Zolotow, me convocó para sumarme y me incorporé a Mitos y Verdades acerca de la Memoria.

A mis alumnos les transmito que la memoria no incluye solamente aspectos biológicos, sino también emocionales, que tienen que ver con el transcurrir de la historia propia. La memoria se ejercita. Con ellos hablamos del tiempo: de los tiempos limitados, del tiempo que tienen por vivir, del tiempo que les demanda dar una respuesta cuando no les sale un nombre, cuando no recuerdan determinada situación. Trabajamos conceptos sobre el envejecimiento de la memoria a partir de textos, canciones. Lo trasladamos o vinculamos con el aquí y el ahora. Entonces empiezan a poder ver y entender lo que está pasando en sus familias. Así como les cambia el color de pelo y se producen transformaciones en el cuerpo, existen modificaciones en los sentidos. Nadie puede decir cuánto se puede modificar. Hay lentificaciones y tienen que respetarse determinados tiempos. Muchas veces me dicen “me cambiaste las estructuras”. Pero si no las cambio, ¿qué sentido tiene el programa?

Tuve experiencias muy ricas, como la de aquella mujer que leyó en el aula y en voz alta por primera vez en su vida. Había padecido un problema en su infancia y había sido marcada como la que no sabía. De pronto, dijo que se animaba a leer. Había llegado al curso sin el secundario completo, luego lo terminó e inició una carrera universitaria en nuestra casa de estudios. Para ella fue importante porque estaba rompiendo con toda esa historia que llevaba dentro. Ante estas situaciones, te das cuenta del valor de estos espacios de educación pública y gratuita. Es inevitable que no repiense con este devenir: como persona, como profesional, como sujeto. Me repienso todo el tiempo. Es una motivación para la búsqueda de nuevos caminos.

La inquietud por aprender siempre

Narrador oral, administrador de empresas, ex presidente del club Brown de Adrogué y apasionado por la tecnología. Roberto Saavedra es una persona multifacética y emprendedora, un apasionado de la capacitación permanente. Nacido en 1938 en el partido bonaerense de Las Flores, es vecino de Adrogué desde que su papá –empleado ferroviario– fue trasladado a la zona sur del conurbano. Hace casi siete décadas que Roberto vive en esa “ciudad tipo pueblo” en la que mucha gente se conoce y el verde inunda los jardines de las antiguas casas residenciales.

El tiempo que lleva de casado –58 años–, “no es un día, sino unos cuantos”, bromea. Sus dos hijos son graduados de la UNLZ: él es contador público y ella la primera egresada de la Licenciatura en Letras de la Facultad de Ciencias Sociales.

A Roberto le gusta hablar de su trabajo, que sin dudas lo marcó y le dio herramientas que le permiten destacarse en los diferentes cursos de UniTE. Durante casi 40 años se desempeñó en el área de administración de empresas, primero en la industria metalúrgica y luego en la distribuidora de una reconocida fábrica de cervezas. Sus intereses laborales lo llevaron a participar de congresos y encuentros que le brindaron una capacitación continua. En ese sentido, cuenta que la Universidad que no pudo cursar de manera formal la intentó transitar “trabajando”. A UniTE llegó con una serie de habilidades desarrolladas en su carrera laboral: buena modulación, manejo del inglés y conocimientos sobre computación.

El deporte también marcó su vida, no sólo por haberlo practicado, sino también por haber sido presidente de Brown de Adrogué durante la década de 1990. El cariño por el club de su barrio empezó a partir de llevar a sus hijos a jugar al básquet. Roberto integró subcomisiones y comisiones, hasta que se convirtió en la máxima autoridad de la institución. Destaca que esa “linda experiencia” le enseñó a “convivir con mucha gente” y entender que “no es fácil conformar a todo el mundo”, sino que “conducir y armonizar todas las ideas e inquietudes es algo híperpesado”.

Roberto decidió abandonar el cargo luego de tres años, porque nunca estuvo de acuerdo con los que “se eternizan en sus funciones”, sino que cree que la renovación de dirigentes es necesaria. Igualmente, continúa yendo a la cancha a mirar partidos y alentar. De paso, se encuentra con viejos amigos y conocidos del barrio.

Una comunidad de iguales

En 2007, Roberto se enteró a través de una amiga que existían unos cursos “muy interesantes” para adultos mayores en la UNLZ. Esos cursos le permiten hasta hoy tener “la mente ocupada, como aconsejan los médicos, para que la ancianidad no llegue tan rápido”.

En un mundo con “más de 2000 millones de personas que no saben ni leer ni escribir”, Roberto agradece la posibilidad que le dio UniTE de encontrarse con gente de su edad que también siente la “inquietud por aprender cosas”.

Participó de los cursos sobre Informática y Literatura, y actualmente forma parte de un taller de Narración Oral. Uno de los aspectos que destaca del programa es que sus profesores son “gente muy joven, didáctica y muy ubicada” con los adultos mayores. También, resalta que el aprendizaje entre las dos partes es recíproco: los alumnos aprenden de los docentes y los docentes de los alumnos. “En UniTE somos todos iguales. La palabra ‘igual’ tiene un significado muy importante para mí. Acá hay profesionales, maestros y profesores. Todos tuvimos distintas actividades, pero no nos preocupamos por saber qué fue de nuestras vidas antes de venir. Llegamos sin ninguna clase de prejuicios y eso hace que sea algo muy agradable”, reflexiona.

A jugar con las palabras

A través del curso de Narración Oral, Roberto pudo recordar su juventud, cuando disfrutaba de leer y recitar poesías. Siempre le gustó tener la posibilidad de

expresarse y en 2015 se decidió a inscribirse en el taller.

Aprendió que la narración oral es aún más interesante que el recitado de poesías, porque los textos no se expresan “de memoria”, sino que es posible darles una impronta propia y adaptarlos según el público. Por eso, la expresión corporal y el tono de voz son herramientas fundamentales.

El objetivo de las clases de Narración Oral es “intercambiar ideas”, cuenta Roberto. La profesora es quien “conduce la parte de la expresión corporal: enseña a enfocar el relato y explica de qué forma desarrollarlo para que haya una comunicación con el público”. Los alumnos, en cambio, se encargan de aportar textos para recitar, que pueden pertenecer a cualquier género y ser de autores reconocidos o anónimos. A veces, también relatan episodios de su vida cotidiana.

Pero, ¿qué caracteriza a un buen narrador oral? Para Roberto, es necesaria una expresión corporal adecuada y el “convencimiento sobre lo que se está relatando”. “El narrador tiene que sentir y hacer suyo el relato, aunque sea de otro autor. Le tiene que dar su impronta en su forma de expresarse y su tono de voz, para hacer una buena transmisión a aquel que está escuchando”, remarca.

Los profesores del curso destacan de Roberto su “buena voz y modulación”. Él atribuye esas cualidades a sus años de trabajo en el área de administración de empresas, que lo obligaron con frecuencia a “expresar situaciones ante 200 personas”. Lo mismo pasaba cuando debía exponer ante las cámaras empresarias de las que formó parte.

Las presentaciones de narración oral, esas instancias en que se demuestra lo aprendido durante los cuatrimestres, son momentos de goce, inolvidables. Una experiencia única para Roberto fue ir a narrar a escuelas primarias y secundarias de Ingeniero Budge y Villa Fiorito: “Es muy lindo ver con qué atención los chicos ven a personas grandes que van a contarles cuentos”.

Hacia un universo desconocido

UniTE le permitió a Roberto interiorizarse en las nuevas tecnologías y empezar a adquirir la “carta de ciudadanía del mundo moderno”, un territorio que, a

su criterio, pertenece “a los jóvenes” y en el cual se sintió “inmigrante” hasta hace unos años.

En la distribuidora de cervezas donde trabajaba, ya existían programas informáticos para controlar las actividades y hacer estadísticas. Siempre lo apasionó la idea de conocer ese mundo tecnológico. Un día, Roberto se decidió y se inscribió en los cursos de Informática, que lo atraparon. Reconoce que, antes de empezar el programa, sentía que el “fantástico mundo de la informática era un barco que nunca pararía” en su puerto.

Sin embargo, UniTE lo alejó de ese pensamiento. Desde hace 11 años bucea en el tema digital. Ya es parte de su lenguaje hablar de “navegadores de Internet, páginas web, Excel y Word”. Esa confianza lo llevó a interiorizarse en la edición de videos, la fotografía y el manejo de programas de diseño gráfico.

Esas herramientas las usa para “estar a tono y sorprender” a sus nietas, que se van de viaje y, al volver, tienen hechos videos con las fotos que se sacaron. Es una forma de conectarse con las nuevas generaciones. “Yo les enseño cosas a ellas”, relata orgulloso.

Los conocimientos aprendidos en UniTE le permitieron “rescatar viejos amigos” a través de Facebook. Incluso, pudo reencontrarse después de 40 años con su ahijado, con quien había perdido contacto desde que se fue a vivir a Jujuy.

Roberto sabe que la tecnología requiere “actualizarse permanentemente, porque la velocidad de los cambios es enorme y todos los días hay algo para aprender”. Por eso, en el discurso de finalización de cursada que dio 2017, instó a sus compañeros a seguir asistiendo a los talleres de Informática y a su profesor, Matías Brundé, a seguir dictándolos.

Tras once años de participar en UniTE y alcanzar conocimientos sobre Informática, Roberto ya casi adquirió la “nacionalidad” para el “mundo moderno”. Puede considerarse compatriota de aquellos que nacieron “con una computadora entre sus útiles escolares”.

Los lazos familiares que no se desatan

Felisa asistió a clase como lo hacía tres veces por semana. Llevó la tarea que su hija le había ayudado a hacer. El profesor le pidió que la leyera en voz alta y ella empezó: “Un procedimiento es una serie de pasos. Es como comer una banana con cuchillo y tenedor. Primero hay que tener los ingredientes, en este caso la banana y los cubiertos; después se cortan las puntas, se pela la cáscara y, finalmente, se come”.

Todos en la clase estallaron de la risa, incluso Felisa que lejos de ofenderse a sus casi 80 años, estaba (y está) orgullosa de terminar la secundaria en el FINES que dentro del marco de UNITE se dictaba en la Facultad de Ciencias Sociales. Mientras, a unas aulas de distancia, Nora ampliaba sus conocimientos en fotografía digital y seguía el hilo conductor de su vida: una pasión por el aprendizaje constante.

Nora Lázaro, de 61 años, fue la que le insistió a su mamá, Felisa Massini, de 79, que terminase la secundaria que había tenido que resignar a los 13 por dedicarse a cuidar de sus hermanos. Ella ya había comenzado a estudiar en UNITE en 2012 por recomendación de una compañera de trabajo que sabía que le gustaban las herramientas informáticas y le habló de la clase de Matías Brundé.

Cursó en ese entonces Informática Primeros Pasos y se sintió parte del tipo de formación que, como docente, le gusta integrar y enseñar: constructiva, relacional e interpersonal, contraria a la educación enciclopedista que luchó toda su vida por derribar. En ese mismo año le comentaron sobre un proyecto para que el programa FINES se dictara en la Facultad para adultos mayores. No dudó en anotar a su mamá, a su tía y al esposo de una amiga.

No fue fácil, sin embargo, convencer a Felisa. Había que despojarla de su baja autoestima devenida en vergüenza por quizás no saber cómo responder en clase. También del miedo a no poder, a no entender los contenidos y de la excusa de no tener una biblioteca o los materiales para estudiar.

Nora tuvo que convencerla de que si no tenían computadora, podían ir a un

ciber; que si no sabía la respuesta a una consigna, que prestara atención y escuchase; que ella la iba ayudar con su tarea; que se iba a ir avivando y haciéndose de herramientas; que ella no iba a hacer amigos, que iba a aprender como todos.

“Después quería estar siempre”, confiesa hoy, con casi ocho décadas de vida. Además del título secundario con un promedio de más de ocho puntos, obtuvo una diplomatura en Ciencias Sociales, que terminó en 2017, más de 60 años después de su último paso por la educación formal. Aquellos eran tiempos en que las calles aún eran de tierra y veía pasar al arriero al frente de las vacas hacia el frigorífico, en pleno Lomas de Zamora.

Madre-hija-madre

Felisa hizo la primaria en la Escuela N° 29, una casa quinta ubicada en la última cuadra del barrio, que tenía cursos integrados en los que no eran más de 15 chicos, porque en cada cuadra sólo había tres o cuatro familias. La enfermedad de su madre la obligó, al terminar la educación básica, a dedicarse a la crianza de sus cuatro hermanos menores.

Fue niña en una casa donde la charla no era mucha ni tampoco había apertura de opiniones. Su padre, italiano, decía “blanco es blanco y negro es negro”, y se terminaba la discusión. En esa época las oportunidades para estudiar no estaban en pocas manos, hasta que vino “el General”, como llama a Juan Domingo Perón.

A los 17 años, se casó con un español recién llegado a Argentina que la doblaba en edad. Un tipo que no era malo, pero que repetía “cállate la boca” con frecuencia, algo a lo que Felisa se fue acostumbrando con el tiempo. Dos años después, en 1957, nació Nori, como la llama con cariño, y casi una década más tarde, su hermano.

Madre e hija se llevan bien, y se llevaron bien siempre. A los 5 años, Nora ya ayudaba a su mamá en trabajos de costura para vender: pegaba botones, terminaba dobladillos, cosía “diez mil quichicientos” puntos París, para cambiarlos por 1,25 pesos, aunque siempre le daban 75 centavos.

Juntas colaboraban con el padre—ayudante de albañil y luego medio oficial— a construir la casa, que se levantaba “de a ladrillitos y pedazos”. Siempre algún vecino del barrio estaba en obra, por lo que cada fin de semana tocaba dar una mano en una casa diferente.

Felisa decidió que Nora fuera al Instituto San Francisco Javier, un colegio privado católico de monjas porque quería que, luego de su experiencia propia de andar siempre con los varones, creciera jugando con mujeres. Su marido alentó el estudio siempre; les contaba a sus hijos que porque era cabeza dura y con las hojas de los libros se armaba cigarrillos, ahora debía trabajar como un burro.

En esa escuela, Nora disfrutaba de una biblioteca enorme a la que iba fuera del horario de clases. Le pedía ayuda a la bibliotecaria y ella leía y escribía, escribía y escribía. Después, en su casa, le pedía a su mamá que le leyera lo que tipeaba en la máquina de escribir para que ella estudiase. Lo pasaban bien, les gustaba estar juntas. Nora culminó su educación formal y empezó a trabajar en un consultorio médico de Monte Grande doble turno. Al terminar la mitad de la jornada, iba a lo de su tía, que vivía cerca de ahí, y almorzaba, dormía religiosamente la siesta y volvía a trabajar.

Luego decidió estudiar magisterio en el Instituto N° 18, que se dictaba a la noche en la Escuela N° 512 de la calle Garibaldi. Debió modificar sus horarios laborales de 6 de la mañana a 4 de la tarde, para viajar una hora y media en colectivo hasta el colegio, en el que estudiaba hasta la medianoche.

Con su título de maestra en mano, renunció y comenzó a buscar suplencias. Sabía que era difícil porque en ese momento los cargos se conseguían por defunción, jubilación o cambio de distrito. Estuvo al frente de su primer curso en 1980 en la Escuela N° 16.

Pasó a lo largo de los años por varias escuelas y fue desarrollando un sentido crítico de la educación enciclopedista, que, según sostiene, sólo persigue el fin de acumular conocimientos y no aprender. En una ocasión, en la Escuela N° 58 de Monte Grande, se encontró con un aula llena de alumnos repetidores y decidió “sacarlos buenos”: utilizó material audiovisual, diapositivas, actividades que integrasen a todos y tareas de relación e investigación. Así Nora quiso siempre que fueran las clases: llamativas, interactivas e interpersonales.

Felisa, en esa década, ya había pasado los 40 años y no se quedaba quieta. La vecina de enfrente de su casa la convenció para que entrenara en el Parque de Lomas, donde una profesora daba clases de atletismo para adultos. Tenían

a sus hijos ya grandes y consideraban que para el club de jubilados todavía no estaban; así que allá fueron.

Poco a poco se convirtió en su desahogo. No sólo tenía que entrenar, también había que pintar, marcar, preparar aros, martillos, jabalinas. Todo era temprano, pero Felisa estaba enganchadísima y no le importaba. Su compromiso fue tal que hizo la carrera de juez de faltas y compitió con ese grupo de 33 veteranos en varias provincias del país. Lo hizo hasta 1994, a los 64 años.

Hija-madre-hija

Mientras tanto, Nora continuaba perfeccionándose. Hizo la especialización a distancia en discapacidad motora y también en estimulación temprana en esa modalidad. A los 42 años, probó estudiar Derecho en la UNLZ, pero se sintió incómoda cursando con jóvenes de 18. También fue directora de la Escuela N° 512. Entendió que había que actualizarse permanentemente, conocer nuevas formas de aprender y nunca dejar de enriquecerse.

Se jubiló en 2007, con 51 años, pero no paró: en 2008 estudió para ser guía nacional de turismo, armó grupos e hizo algunos viajes, pero cuando le exigieron inscribirse en el monotributo dejó ese trabajo. ¿Volver a pagar después de más de 30 años de aportes jubilatorios? Ni lo dudó.

Con el tiempo, Nora notó que de los 33 veteranos que competían en atletismo con Felisa sólo ocho quedaban vivos y que de los viejos vecinos del barrio seguían unos pocos. Probó con animarla a que se acercara a algún centro de jubilados, donde organizaran actividades y viajes. Pero de esos lugares volvió con picos de presión después de jugar a las cartas y decidió no regresar.

UniTE, en cambio, fue la combinación entre lo que Nora vio como la asignatura pendiente de Felisa, el título de la secundaria, y la oportunidad para que su mamá encontrara personas que hablaran de cocinar con kerosén y sacar agua de los grifos de las esquinas del barrio. Logró convencerla, a pesar de los prejuicios que cargaba, e intentó ayudarla en lo que pudo. De a poco Felisa encontró su lugar en el programa, se encariñó con los profesores y algunos de sus compañeros. Hasta dice que revivió.

Nora afirma que a su mamá no le regalaron nada, que aunque fuera el FINES con adultos mayores de 60 años tuvieron que quemarse las pestañas igual que cualquier cursada. Incluso muchas veces Felisa necesitó de la ayuda de la esposa de su hermano, que falleció hace dos años, pero que en los momentos que cursaron juntas, conectaban bien y sacaban 10 en los trabajos grupales. Egresó en 2015 y hasta 2017 hizo la diplomatura en Ciencias Sociales. Luego, ya dentro de las materias regulares de UniTE, comenzó el taller Pensar la Vida Cotidiana y desea cursar el de Movilidad Corporal. Según ella, piensa seguir hasta que la echen.

Nora no dejó de cursar desde su ingreso: pasó por Informática, Internet y Celulares 1 y 2, Fotografía Digital 1 y 2 e Historia del Arte y la Cultura y sabe que en los cuatrimestres que vienen se va a anotar en clases nuevas. Considera que UniTE es una herramienta de defensa de la educación pública y que integra a diferentes generaciones en un ámbito universitario, donde el conocimiento circula.

Ahora la biblioteca es una computadora y los libros son páginas web. Felisa tiene una consigna y Nora le muestra cómo buscar información en Internet. La hija le recuerda a la madre, con mucha insistencia, que preste atención en clase, anote lo que dice el profesor y aprenda a escuchar. Así cuando vuelvan a estar juntas Felisa será la que le lee en voz alta para que Nora la ayude a estudiar.

Graciela Lahuerta

(Docente de Inglés)

“El compromiso es increíblemente profundo”

Hace 20 años, David Zolotow me convocó para trabajar con adultos mayores. Entonces, yo ya era titular de las cátedras de Inglés en las carreras de grado de la Facultad.

Comencé con el primer grupo de docentes, sin saber con qué me iba encontrar. La concepción del adulto mayor en 1998 era distinta a la que tenemos hoy. Para mí era trabajar con gente grande. Incluso, a algunos alumnos los trataba de usted, porque me parecía que eran muy grandes y que yo tenía que ubicarme en otro lugar.

Me encontré con gente que tenía muchas ganas de aprender, pero que venía como pidiendo disculpas, perdón y permiso todo el tiempo. Esa era la actitud. En algunos casos, los hijos cuestionaban que sus padres hicieran una actividad social por fuera de lo familiar.

Mi propuesta en clase siempre pasó por trabajar de lo práctico a lo teórico y la respuesta fue maravillosa desde el comienzo. El compromiso es increíblemente profundo.

Con los años, el adulto mayor pasó a ocupar otro lugar a nivel social. Aunque no sean conscientes, hay una actitud muy resiliente, porque se encuentran en momentos de la vida donde hay pérdidas afectivas, laborales, sociales y económicas. El encontrar pares en su misma situación les permite ver puntos diferentes de cómo encarar la vida.

También hay un intercambio constante con los alumnos de grado. Hoy, los jóvenes los aceptan mucho más e incluso convocan a sus propios padres y abuelos a participar del programa.

Para trabajar con adultos mayores es importante replantearse qué concepción tiene uno de la vejez, porque siempre está en juego la propia. Sin darse cuenta,

uno puede reforzar concepciones que no tienen que ver con la posibilidad de desarrollo personal, sino con un “yo no puedo” o “a esta edad para qué”, más ligado a cuestiones de muerte que de vida.

El paso a ser adulto mayor es una etapa en la que empiezan a aparecer declives en montones de cuestiones: lo orgánico, lo laboral, lo social. UniTE viene a complejizar a este sujeto, a este adulto mayor, para poder ir compensando pérdidas con ganancias. Al interactuar con otros pares y al armar esta cuestión de redes, de apego afectivo, el ser humano se complejiza más y no se va achacando.

El estar aislado, por ejemplo, produce un deterioro muy serio. A partir de ahí vienen las demencias, que no tienen que ver sólo con lo orgánico, sino con un modo de ser y de hacer. UniTE posibilita complejizar al sujeto y que siga creciendo.

La vida en un PowerPoint

El fantasma de la guerra sobrevolaba Europa cuando Roberto –argentino– y René –francesa– decidieron partir hacia el otro lado del Atlántico. El 13 de mayo de 1936 había nacido su hija, Josaine, en París. La familia Brobecker llegó a una Argentina atrapada en la “década infame”. Faltaban pocos días para que la pequeña cumpliera dos años.

Josaine siempre se sintió más argentina que francesa. Cuando los Brobecker arribaron al puerto de Buenos Aires, fueron recibidos por la abuela y una tía paternas. La casa del abuelo argentino fue el primer hogar de la niña, en el barrio porteño de Villa Pueyrredón, pero por poco tiempo. Luego, Josaine y su familia se mudaron a un departamento en la calle Piedras, en el límite entre San Telmo y Constitución. Vivió allí hasta que cumplió 15 años y desde principios de la década de 1950, Lomas de Zamora la recibió de manera definitiva. Antes de habitar la casa de Manuel Castro al 100, residió en otra, a dos cuadras. “Es un lugar estratégico”, reflexiona sobre la ubicación de su hogar, porque sus nietas y sus nietos pueden visitarla seguido. Allí vive rodeada de libros y fotos familiares.

En 1995, Josaine volvió a su país natal. Cuando viajó, se encontró con un tío materno, su esposa y la hija de ambos. De París le gustó “todo”. Para ella es una ciudad “deslumbrante”. Al detenerse debajo de la Torre Eiffel, quedó envuelta en una emoción desbordada, más que nada porque sabía que había nacido allí, aunque no recordara nada de ese tiempo lejano.

Gracias a las nuevas tecnologías, tiene contacto vía mail con una prima que reside en Francia. “Le escribo a eso de las 20 de Argentina y ella lo lee a la mañana siguiente”, explica. Cada tanto, dialogan por Skype o realizan una video llamada por WhatsApp.

El programa UniTE fue el primer acercamiento de Josaine a una universidad pública. Había tenido que abandonar los estudios secundarios cuando cursaba el segundo año de Perito Mercantil, porque sus padres se habían divorciado.

Por tal motivo, tuvo que hacer un curso rápido de taquigrafía y máquina de escribir para trabajar, y al año ya había conseguido empleo. Se desempeñó como secretaria en droguerías y concesionarios. Sus trabajos fuera del hogar finalizaron en 1962, a los 26 años, cuando se casó con Teófilo Alberto, dueño de la empresa de colectivos 10 –hoy 543–, y se dedicó a la familia.

Pero, antes del final feliz, la historia tuvo sus complicaciones. Josaine estaba de novia con otro muchacho y Teófilo la seguía a todas partes. Cuando volvía del trabajo y hacía la fila para tomar el 10, él la saludaba. Sin embargo, hasta el día de hoy ella no sabe por qué nunca le respondía.

-Señorita, ¿por qué no me saluda? No hago nada malo, sólo la saludo.

Josaine le dio la razón a Teófilo y comenzó a responderle el gesto de cortesía. Un día él le comentó que se dirigía a la calle San Martín y le propuso caminar y charlar. Ella aceptó y, por esas cuestiones del corazón, rompió con su novio y empezó la nueva relación, que desembocaría en el casamiento.

La hija mayor, Silvia, tiene 53 años y es nutricionista; atiende en el consultorio ubicado en la casa de su madre, que la describe como “multifacética”, porque asiste a yoga, practica natación, hace teatro y está aprendiendo italiano. La menor es Graciela, dos años más chica; realizó estudios en el área de contabilidad, desempeña tareas laborales en una empresa de arquitectura y, además, se dedica “cien por ciento a sus hijas”.

Salud y afecto

En 2001, la muerte de su esposo impulsó a Josaine a estudiar inglés. “No encontraba el rumbo y UniTE fue una puerta de entrada grande”, comenta. Recuerda que en la esquina de Gorriti y España, en pleno centro lomense, unas chicas repartían el periódico *Info región*. Una de sus hijas pasó por el lugar y le dieron un ejemplar, que llevó a su madre. Una de las notas era sobre la Universidad de la Tercera Edad. Apuntó la dirección de la institución y, sin dudarlo, se acercó junto con su hija. El primer curso que realizó fue Calidad de Vida y luego le siguieron Mitos y Verdades acerca de la Memoria y el Taller de Conversación

de Francés, un idioma que domina.

Dos años después de empezar en UniTE, la sede de los cursos se trasladó a la Facultad de Ciencias Sociales y allí comenzó Inglés, con la profesora Graciela Lahuerta. Confiesa que le gustaría volver a hacerlo porque “la memoria no da para tanto”. Sin embargo, le “quedaron muchas cosas” de su paso por las aulas, que hoy ya son parte de sus conocimientos. Tanto es así que una vez en plena clase de Diferencias Generacionales en la Posmodernidad discutía con una amiga si tal tema lo habían visto en otra materia: “Ella me decía que no y yo le decía que sí. Entonces busqué en uno de mis cuadernos. Vi que las cosas que nos contaba la profesora ya lo habíamos visto en Psicología”. Josaine guarda los cuadernos de la mayoría de los cursos; así puede reforzar la memoria.

En un primer momento, los estudiantes cursaban en el Círculo Ferroviario de Jubilados y Pensionados, en Temperley, y en la sede de Osmecon de Adrogué. “Estábamos dispersos y cuando pasamos a la Facultad estuvimos todos más unidos”, rememora. Ante esa nueva situación, notaron cierta distancia entre ellos y los jóvenes, porque habían copado las aulas de la planta baja. En la actualidad, esa distancia ya no existe y ambos grupos se saludan en los pasillos.

Ir a la Facultad fue “muy impactante” para los participantes de UniTE –admite– y les permitió entablar amistades que perduran hasta hoy. Cuando se encuentran en el bufet o en los pasillos se abrazan. Cada tanto se telefonan y mandan mensajes para festejar sus cumpleaños. Aunque siempre fue “tímida y bastante callada” en los cursos, nunca sintió miedo ni vergüenza.

Josaine comparte un remís todas las semanas con su compañera Elba. Luego se encuentran en el bufet, lo usan como excusa para juntarse a conversar, hablar de sus vidas, de lo que ven en televisión, de política, de lo que hacen e hicieron y de sus nietas y sus nietos, entre otros temas. A las compañeras y los compañeros de UniTE les gusta “debatir”. Las amigas comen siempre lo mismo: un tostado de pan árabe, un café y algo dulce.

Lo que a Josaine más le gusta de UniTE es la relación que se establece entre toda la comunidad. Las amistades que se formaron se dieron en un ambiente “lindo y placentero”. A los 82 años, señala que “la salud y el afecto” son fundamentales, porque, como todos los alumnos de UniTE, quiere que la “traten bien” y esos gestos los encuentra en cada curso.

“UniTE es un sueño realizado porque una puede hacer muchos cursos, se ve con gente de su edad y compartir todo. Es algo muy importante. A mí me

gusta mucho. Te cambia el ritmo de vida, porque tenés otras preocupaciones y cosas que hacer. Por ejemplo, el último día de cursada una profesora nos mandó a hacer un trabajo. Fue agradable, porque te mantiene ocupada y motiva muchísimo”, detalla.

Con la familia

Desde que empezó a cursar, en 2005, nunca dejó de asistir a la Universidad. Ni siquiera abandonó cuando sufrió una rotura de meniscos. Hasta tuvo la oportunidad de compartir los pasillos de Sociales con su nieta Belén, estudiante de Psicopedagogía: “Ella estudió conmigo. Nos juntamos dos generaciones. Era lindo porque nos encontrábamos en el bufet, comprábamos y charlábamos. Después Belén tuvo que dejar. Ahora es profesora de yoga, estudió canto y se inclinó para el arte al igual que todos mis nietos”.

Su familia compartió sus logros como alumna. En cierta ocasión, su hija Silvia y una de sus nietas la acompañaron para ver el video que hizo con Belén sobre las dos generaciones que estudian en la nueva universidad, que se presentó en el Auditorio Rodolfo Walsh ante los compañeros de cursada.

Esa no fue la única vez que su familia la acompañó a la Universidad. Josaine recuerda que, en una de las fiestas de fin de año del programa, uno de sus nietos mayores asistió con ella. En aquella oportunidad, la profesora Claudia Mastropablo repartió tarjetitas con un poema “muy lindo”. “Ya sé. Vas a hacer un PowerPoint”, le dijo el nieto. Y así fue. Josaine armó la presentación de esos versos y los ilustró con imágenes. Cuando finalizó con su tarea, se la envió a la profesora, que quedó “encantada”.

Josaine reconoce que si tuviera que volver a armar una presentación con el programa de Microsoft “no sabría cómo hacerlo”, porque lo olvidó. Los cursos de Informática los realizó hace mucho tiempo con el profesor Matías Brundé –“divino y fantástico”–. Aún le queda pendiente el taller para manejar celulares y tablets.

UniTE acercó a Josaine a una comunidad que crece año a año, en la que se

forjan nuevas amistades. Con ellas los recuerdos afloran, como esas imágenes “borrosas” del viaje en barco que la trajo hasta el puerto de Buenos Aires.

Josaine disfruta de cada curso. Aunque en los próximos cuatrimestres tendrá que viajar sola en remis porque su amiga Elba se tomará una pausa del programa, no abandonará el aprendizaje. Sus nueve nietas y nietos admiran ese espíritu incansable.

Los caminos para enseñar y aprender

“¿Por qué no te acercás a la facultad que hay un montón de gente grande haciendo cosas?” La recomendación de Sergio, estudiante de Ciencias Sociales, a su madre, Clara, estaba envuelta en cariño y preocupación. Hacía dos años que ella se había jubilado como maestra. Atrás quedaban sus cargos en varios colegios de la zona sur. Sin pensarlo demasiado, Clara Steiman se inscribió en UniTE y cambió su vida.

Era el segundo año de funcionamiento del programa y las clases se dictaban en unos salones prestados de la estación de trenes de Temperley; había que abonar una contribución de 8,90 pesos mensuales para participar. Con el objetivo de mantenerse activa y de seguir desarrollando su capacidad intelectual, Clara empezó el curso Calidad de Vida.

Viajaba varias veces por semana en tren, desde su domicilio en Ezeiza a Temperley, hasta que las clases se trasladaron definitivamente a la Facultad de Ciencias Sociales y empezó a ir en su auto.

No era la primera vez que pisaba una facultad. Se había anotado en Asistencia Social en la UBA, pero el mal estado de salud de su mamá y la lejanía de la sede la obligaron a dejar la carrera. Tiempo después se inscribió en el Magisterio y descubrió que su verdadera vocación era servir a los demás a través de la enseñanza.

Fue docente de escuelas primarias, medias y de adultos. Tenía mucha afinidad con los alumnos, al punto de ser elegida como acompañante en un viaje de egresados. Su pasión por la enseñanza la llevó a realizar diversas capacitaciones y pasar un verano en Necochea por un seminario. Con el tiempo, llegó a ocupar el cargo de directora y se jubiló después de 30 años de actividad.

Siempre recibió el apoyo y el acompañamiento de su familia: su hijo ahora es docente de la UNLZ, por lo que ambos comparten el cariño hacia la universidad pública. Su marido, Mario Medviginer, se recibió de contador y su hija es licenciada en Turismo.

A Clara le encanta leer, por eso disfrutaba de los trabajos de investigación que pedía el profesor de Antropología de UniTE. Retiraba libros de la Biblioteca de la universidad, fotocopiaba los módulos para estudiar o se compraba el material original para después juntarse con sus compañeras a completar las consignas.

Con la comodidad de contar con un establecimiento fijo para el curso, adoptó las instalaciones de la Facultad como propias y el primer piso del bufet fue el centro predilecto de las reuniones de estudios. Café de por medio, Clara y sus amigas terminaban allí las tareas pendientes.

Ella es una de las pocas alumnas que continúan de aquella camada original, cuando UniTE se convertía en pionera en el país por su metodología y sus objetivos. Disfrutó tanto de los primeros años de cursada que invitaba a colegas a participar junto con ella de las clases y compartir sus experiencias. Su última incorporación fue su marido, su mejor compañero de cursada, que la ayuda como apuntador y con quien ahora comparte los aprendizajes.

Al repasar los nombres de los protagonistas de UniTE, evoca con “cariño, admiración y respeto” a David Zolotow, uno de sus primeros docentes.

Clara fue siempre muy activa; no le gusta quedarse estancada. Por el contrario, busca superarse y considera que UniTE fue una oportunidad para mantener sus actividades de manera independiente y bajo su propia voluntad. Después de jubilarse, al desacelerar su ritmo de vida, pasó un tiempo deprimida, hasta que encontró que retomar los estudios era una alternativa para reintegrarse a la vida social.

Estar en todos lados

Nació en La Pampa en 1941 y llegó al conurbano cuando cursaba el cuarto grado de la primaria. Se radicó con su familia en la localidad de Ezeiza, donde reside hasta hoy. Hizo tantas cosas durante su juventud que al momento de mencionarlas se sorprende de ella misma, desde dar clases para empleados del municipio que no habían terminado el colegio hasta abrir un centro de jubilados para docentes cerca de su barrio.

Su paso por la Facultad le significó nuevos desafíos. Se encargó de coordinar

una excursión con sus compañeros jubilados hacia el centro porteño como parte del contenido de uno de los talleres de UniTE. La empresa de micros que trasladó a su hija hacia el colegio durante toda la primaria fue la misma que años más tarde Clara contrataría para la salida. Disfrutó ver que otros alumnos se maravillaban con los atractivos de la ciudad. Ella entiende que la universidad es un espacio donde se iguala a las personas de distintos niveles culturales e intelectuales.

Valora el espacio que tienen los adultos dentro de la institución porque piensa que la Facultad es de los jóvenes y que los abuelos usan el lugar. Le hace feliz compartir el espacio con personas que persiguen los mismos fines y acompañar el progreso de los demás. Está orgullosa de que a los 77 años no se sienta de esa edad por la cantidad de actividades que realiza.

Sin embargo, le gustaría que los estudiantes de carreras de grado pudieran reconocer y valorar los distintos trabajos que emprenden los mayores. Pocos saben que la UNLZ tiene clases de teatro y que presenta obras periódicamente, tampoco son populares los ciclos de café concert que encabezan los alumnos de la tercera edad para juntar fondos para materiales. La última gran compra fue un proyector que se sumó al patrimonio de la casa de estudios.

Clara quedó fascinada con su participación en el Taller de Radio, en el que debió producir un programa propio para la emisora de la Facultad. Allí descubrió que le gustaba el periodismo porque la obligaba a estar al día con los acontecimientos y a no perderse nada de lo que ocurría a su alrededor. Trabajó con su compañera Thelma en producciones sobre temas políticos e históricos, entre otros. También escribió algunas notas para el boletín de UniTE, que editaban los alumnos del programa.

Clara está en todos lados: en el ciclo de cine debate, en los festejos del Día del Estudiante repartiendo chocolatada o armando un puesto de comida en la feria del plato. Participa activamente en el centro de estudiantes, aunque no quiere ocupar ningún cargo formal.

Clara lleva ya 19 años ininterrumpidos como alumna regular –uno menos que UniTE–. Cualquier excusa le parece buena para seguir tomando responsabilidades y sumar experiencias a su currículum. Ahora ya no concurre con la misma periodicidad de cuando empezó, pero no pierde el entusiasmo. Junto con su esposo pasan más de cinco horas semanales dentro de las aulas; el resto del tiempo se dedica a reunirse con amigos por fuera del ámbito de estudios y se ocupa de algunos quehaceres de la casa.

Con la cabeza abierta

Ciertas cosas cambiaron desde que Clara se inscribió en UniTE en 1999. La libreta no es la original –la perdió y debió renovarla–; su hijo se recibió y se convirtió en profesor; su pelo se volvió más canoso; sus compañeros envejecieron junto con ella y algunos fallecieron en el camino. Por eso hubo momentos en que se le hizo difícil continuar en el programa. Ahora, sus estadías en la Facultad son más breves y prefiere tomar el café en las mesas de la planta baja del bufet, porque el dolor de rodilla no le permite subir escaleras. No deja de cruzarse con personas conocidas ni de saludar. Otras cosas no cambiaron: mantiene la tintura colorada y el hábito por el cigarrillo.

Clara cree que hay un montón de cosas que una mujer puede hacer para no aburrirse: tejer, leer, salir a caminar. Ella eligió seguir estudiando hasta que su mente se lo permita, hasta completar la capacidad de adquirir conocimientos y mientras pueda llegar a la Facultad.

UniTE le brindó la oportunidad de agrandar su visión del mundo, le dio “una apertura de cabeza”, como ella prefiere decir; le facilitó pautas para poder debatir y mantener una conversación; la acercó a personas nuevas, con niveles culturales diferentes, y a un ámbito desconocido. Así todo, no le resultó difícil adaptarse al ritmo de la Facultad, porque ya acumulaba la experiencia de una carrera anterior, y reconoce que el ambiente universitario le ayudó a desarrollarse en distintos aspectos de la vida, no sólo en el intelectual.

Durante las clases de teatro se dio cuenta de que la vista no le funcionaba como antes. Le pedía a sus compañeras que le prestasen los anteojos para poder leer los libretos y ensayar las escenas o a su marido que se los leyera en voz alta. Ahora está operada de cataratas y el médico le recomendó que no forzara la visión. Clara, perseverante, espera que el profesor les entregue los libretos con las letras más grandes.

El neurólogo le advirtió que debía buscar cursos más livianos para evitar grandes cargas teóricas y no sobreexigir al cerebro. “No podés estar siempre estudiando”, le dijo.

Los tiempos de Introducción a la Sociología o Calidad de Vida ya pasaron; ahora disfruta de las clases de Taller de Juegos, que le favorece en esta nueva etapa. Sigue trabajando la inteligencia, pero desde otro espacio.

Clara destaca el aporte de UniTE a la comunidad educativa de la UNLZ. Los adultos mayores reflejan alegrías y tristezas que se suman a los aprendizajes y se vuelven parte del estudio más allá del cronograma de las materias: “Le podemos dejar a los más jóvenes nuestra educación, nuestra cultura, porque el ‘boca en boca’ también trae cultura”.

Viviana Maceri

(Docente de El Cuerpo Humano y la Actividad Física en la Tercera Edad y de
Taller de Movilidad Corporal)

“Es gratificante ver cómo mejoran su calidad de vida a través del movimiento”

A lo largo de mis años de estudios, leí que la danza, especialmente la danza clásica, podía practicarse y era beneficiosa a cualquier edad. Fue un gran desafío para mí ver si todo lo que había leído se concretaba.

Con María Inés Nistal nos dimos cuenta de que no había una ejercitación que fuese específica para la tercera edad, porque las ofertas de actividad física no son adecuadas y había mucha gente que quería hacer ejercicio pero no sabía adónde ir. Así fue que presentamos un proyecto a UniTE y en 2008 comenzamos con los cursos El Cuerpo Humano y la Actividad Física en la Tercera Edad y El Cuerpo Humano y Criterios Biológicos y el taller de Movilidad Corporal.

María Inés da la clase teórica sobre la biología del cuerpo y yo la parte de movilidad. Les enseño a mis alumnos a tener conciencia de su propio cuerpo, de cómo son cada uno de los movimientos y a percibir cuál es la forma correcta de hacerlos para después trabajar sobre eso. Realizamos ejercicios de equilibrio, postura y de coordinación, que además ayudan muchísimo al desarrollo cognitivo.

Lo más interesante de trabajar con adultos mayores es el rebote que recibo de ellos clase a clase, que me ayudó a mejorar como docente con mis alumnos de otras edades. Es gratificante ver cómo mejoran su calidad de vida a través del movimiento.

Una alumna con dificultades para caminar y que venía con bastón terminó soltándolo y ahora lo usa sólo si está cansada. Otra señora había sufrido toda la vida de asma y fue al curso con el propósito de mejorar la columna y, cuando el cuatrimestre terminó, dijo que había sido el primer invierno que no había tenido un ataque. Ella lo atribuyó a que, al haber mejorado la postura,

podía respirar mejor. Antonia, una alumna de 80 años, un día me dijo que el curso era el más importante de todos a los que asistía porque era el que la mantenía activa y le permitía subirse al colectivo, viajar hasta la Facultad y seguir estudiando en UniTE.

Los adultos tienen la idea de que es más fácil aprender cuando son chicos, pero no creo que sea así, sino que ellos se olvidan de su proceso de aprendizaje. Algunos utilizan a la edad como excusa, pero lo que les falta es práctica. De todos modos, siempre hago hincapié en que todos los cuerpos son diferentes y que nadie tiene que hacer una competencia con nadie.

La justicia social es un sueño eterno

La vida de su familia estuvo marcada por las necesidades. “Vivíamos del mate cocido, pero del mate cocido salteado”, desliza Julio. Su padre era un vasco anarquista que trabajaba en las canteras de Olavarría. “Las tenía todas”, exagera. Su madre era enfermera. La recuerda con el uniforme, siempre abocada a él y sus hermanos. Si su padre trabajaba una quincena, era “un triunfo”, porque el empleo siempre escaseaba. Su madre no cobraba lo suficiente. Los sueldos de ambos apenas alcanzaban para pagar las cuentas y el alquiler. Todo cambió en 1945. “Así como mi padre era medio anarco, mi vieja en seguida adhirió al peronismo”, detalla.

Julio Busteros –nacido en Olavarría en 1937– tiene dos hermanos y una hermana, a la que le lleva diez años. Cuando ella era pequeña, descubrió que tenía una dificultad motriz: “Mamá, la nena no camina bien. Fijate, hay que hacerla ver”.

En el hospital local confirmaron que debían intervenirla por un problema de cadera. En esa época, ese centro de salud no podía realizar una cirugía compleja y debieron trasladarla a la Capital Federal. Ante ese panorama, la familia debió alquilar y encontraron una casa en Burzaco.

Julio tomó la decisión de seguir los estudios y trabajar. Se ofreció como peón de albañil en una obra en construcción que había frente a su nueva casa. Con este empleo pudo sostener los gastos que implicaba ir al Nacional de Adrogué, donde terminó la secundaria. “Antes no usábamos el guardapolvo blanco, sino que teníamos un uniforme gris y había que comprarlo, al igual que algunos libros y esas cosas”, recuerda.

Poco después, comenzó a escribir a máquina, una habilidad que le permitió entrar en la Municipalidad de Almirante Brown. Allí no sólo terminó de aprender a manejar esa herramienta, sino que empezó a prestar atención a los comentarios sobre la política del distrito. Era 1955. “No formaba parte de la junta de empleados ni nada por el estilo, pero conocía mucho de las cosas que pasaban, a pesar de mis 18 años. Y en los días del golpe, permanecí ahí dentro”, evoca.

En frente del Palacio comunal vivía un coronel: “Él mismo trajo unos cuantos soldados y quiso tomar la Municipalidad. Hubo tiroteos, ¡y yo ahí viviendo todo eso!”.

El derrocamiento del gobierno peronista marcó la vida de Julio, pero la Resistencia también dejó huellas. Durante su infancia siempre se había hablado de política. Los debates giraban en torno al anarquismo y el peronismo. Como su madre, él abrazó la causa justicialista.

En 1957, un año después del levantamiento del general Juan José Valle y de los fusilamientos de José León Suárez, relatados por Rodolfo Walsh en *Operación Masacre*, Julio fue detenido junto con otros compañeros en la “Marcha del Silencio”, encabezada por Alejandro Olmos. Durante un mes quedó recluso en la cárcel de Villa Devoto y fue liberado poco antes de que comenzara a sesionar la Convención Constituyente.

En su casa de Adrogué, Julio conserva varias carpetas con documentos que lo mencionan y que hoy son materiales históricos. Entre ellos, el decreto en el que aparece la lista de los detenidos de aquella fecha:

“8 de junio de 1957. El presidente provisional de la Nación Argentina decreta: manténganse detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional... (una lista extensa de nombres incluye a “Julio Luciano Busters”).

Firma: --- Aclaración: Pedro Eugenio Aramburu.

Firma: --- Aclaración: Rodolfo Martínez (Ministro del Interior”).

Todo es historia

Al finalizar la proscripción del peronismo, Julio inició su carrera política. En 1973, a los 38 años, encabezó la lista de candidatos a concejales por el Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) en Almirante Brown, en la boleta que llevaba la fórmula presidencial Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima. La lista ganó en el distrito y llevó a la intendencia a Roque Stefanelli, que debió dejar el cargo dos años más tarde por problemas de salud. Por ser el primer concejal del bloque, Julio asumió en su reemplazo y gobernó el distrito hasta el golpe de Estado.

Durante su breve gestión, intentó llevar adelante una política descentralizada con el fin de construir una democracia participativa: “Invité a los centros comerciales y a entidades intermedias a que discutieran qué era lo más importante. Si bien había instrucciones del gobierno central de no aumentar mucho las tasas, lo que hicimos para que alcanzara el presupuesto fue aumentar un poco en las zonas céntricas, donde vive la gente de mejor poder adquisitivo, y rebajamos en las barriadas. Pero, además, le dimos participación a los centros comerciales para que pudieran recaudar los tributos municipales”.

La casa de Julio fue blanco de ataques por parte de la Triple A en dos ocasiones: una en 1974 y otra en enero de 1976. La cama de una de sus hijas, que en esa época era chiquita, recibió las esquirlas de los explosivos. Las paredes de la entrada todavía tienen las marcas del terror.

Durante la madrugada del 24 de marzo de 1976, las fuerzas militares violentaron la puerta de su casa, en Ceretti 933, secuestraron a Julio y lo llevaron a un centro clandestino de Monte Grande. Allí permaneció durante doce días bajo amenazas y torturas, hasta que fue liberado.

Después de ese calvario, logró retomar su trabajo como empleado bancario, que había dejado al asumir como concejal, y tras el retorno a la democracia, volvió a la militancia. En 1991, se sumó a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) de Almirante Brown, donde llegó a ocupar la Secretaría de Organización.

Su última etapa laboral fue en la sucursal del Banco Nación de Callao y Bartolomé Mitre, a una cuadra del Congreso. Aún recuerda escenas de las manifestaciones tras el “corralito”: “En una de las movilizaciones muy importantes, a nuestras compañeras del banco las tuvimos que esconder en el segundo piso, porque era tal la avanzada de los manifestantes... Aparte, el trato hacia los bancarios, diciéndonos que nosotros les habíamos quitado la plata, en toda esa época con los problemas con los plazos fijos... Era una imagen terrible”. En 2002, se jubiló.

Tiempo de estudiar

Julio canalizó siempre sus energías en actividades que le permitieran no sólo expresarse en pleno periodo de crisis, sino transmitir, reflexionar e informar,

además de jugar tenis, una de sus grandes pasiones.

Tuvo un programa de radio con un amigo “uruguayo-artiguista” –“A más de 500 años”–, que se transmitía por una radio del Barrio 2 de Abril. Desde ese momento, los deseos de crecer en el campo de la comunicación lo llevaron a buscar herramientas que le aportaran más conocimiento. “El programa lo teníamos en una radio comunitaria que recogía todo lo que era tema barrial. Pero yo me daba cuenta de que quería avanzar”, subraya.

Su decisión de estudiar en UniTE llegó tras leer una publicidad en un diario porteño. Como si aún lo tuviese en la mano, cita: “A usted, adulto mayor, le ofrecemos en la Facultad de Ciencias Sociales diferentes ejes temáticos, diferentes disciplinas... Anótese en marzo de 2005”.

Su primer profesor fue Carlos Vega, con quien se perfeccionó en Periodismo y Comunicación Social. También recuerda a Carlos Enrique Berbeglia y en la actualidad destaca a Eduardo Urbano. Le resulta “fascinante” profundizar sobre cuestiones antropológicas latinoamericanas.

Julio destaca el valor del programa en abrir “la universidad a la calle”, una forma de rescatar el concepto de descentralización que priorizó durante su paso por la intendencia. En la actualidad, participa de charlas y debates en las escuelas secundarias y en el programa FINES, en los que relata su experiencia durante la última dictadura cívico-militar-religiosa.

En esta etapa de su vida, alterna la formación en UniTE con sus tareas de abuelo. Suele ir a ver las peleas de taekwondo en las que participan sus nietos, en compañía de sus hijos y su esposa, con quien se casó a fines de la década de 1960.

En 2017, el Concejo Deliberante de Almirante Brown lo distinguió como “ciudadano ilustre” del distrito. El homenaje es un reconocimiento a una trayectoria de lucha en defensa de los derechos humanos y en la búsqueda de la justicia social.

Sin temor a los desafíos

“Me gustaría que UniTE saliera del ámbito de la facu de Lomas. Que se copie en otras instituciones. Se sacarían a los viejos de encima... Puede ser que esto suene fuerte, pero es cierto. Yo no tengo tiempo de ver ni a mis hijos. Me llaman para saber qué ando haciendo y les digo que estoy estudiando. Se ríen. ‘Mamá, ¿vas a venir?’, me preguntan y les contesto: ‘No, me tengo que ir a la facu’.”

Laura Coronel es una mujer pequeña, enorme de tan enérgica. Cuando habla de UniTE su mirada cambia de expresión. A veces, por la alegría que siente al contar sobre sus actividades; otras, por las lágrimas de la emoción. Disfruta hacer deportes: nadar, andar en kayak. Acumula algunos récords de natación en su categoría. Coordinó talleres literarios, estudia portugués, escribe. Trabajó en Telefónica y como terapeuta en un spa de Entre Ríos.

Laura nació en el barrio porteño de Pompeya en 1957. Una década después su familia se mudó a Lomas de Zamora y ella no se fue nunca más. Cursó la secundaria en el ENAM; conserva varias amistades de esa época. A fines de los ‘90 se divorció de quien fue su marido por 20 años. Tiene cinco hijos y siete nietos. De su familia de origen, le queda su hermana.

Vive sola a una edad en la que aprende el desapego. Por eso, decidió repartir entre sus hijos el terreno de su casa: “Este pedazo pa’ este, esa parte pa’l otro, aquella pa’ aquel. Todavía me faltan dos”. Lo hizo porque sabe que no se va a llevar nada cuando parta de este mundo. Quiso solucionar un problema posterior y que mañana no haya peleas entre hermanos. “No creo que llegue a pasar eso”, confía, pero por las dudas se anticipó.

Menos los domingos, todos los días practica natación. En el último tiempo sumó clases martes y jueves para “perfeccionar la técnica”. Los martes cursa Portugués y Literatura en UniTE, los jueves va a Teatro y los viernes, otra vez a Portugués, pero el segundo nivel, porque le parece que le quedó “flojo”.

Siempre se levanta a las seis, una costumbre que la acompaña desde los tiempos de empleada. “Hoy en día me levanto, me hago el mate y vuelvo a la cama. Me malcrío un rato y después arranco las actividades”, confiesa.

Almuerza con una compañera en el bufet de la Facultad y luego cursa. A las cinco, va a natación al Parque de Lomas. Dos horas después, de nuevo a casa: “Me cocino todo lo que me hace bien y ya termino el día”.

Vencer la depresión

Laura entró a UniTE luego de atravesar un período de depresión tras finalizar su trabajo en un spa de la ciudad entrerriana de Colón, que también la alejó de su pasión por el folclore, como autora de letras y cantante.

-Reinventate-, la obligó un ex compañero del ENAM.

-¿Qué querés que haga?-, contestó envuelta en el desasosiego.

-No sé. Reinventate, porque no te queda otra. De seguir así te morís en la depresión.

A las clases en UniTE, sumó la natación y dejó de fumar por primera vez en la vida. Valoró sacrificios como dejar de comer “porquerías” y aprendió a disfrutar del tiempo para cocinar.

UniTE la deslumbró con la lectura y la escritura, el aprendizaje del portugués, la creación de canciones, la relación con sus nuevos compañeros, la necesidad de llamarse por teléfono para hablar sobre las tareas. Laura cuenta: “Me pasa con Jaime, un compañero de Literatura que tiene 86 años. De joven fue algo que tiene que ver con lo científico. Es una mente racional. Cuando le presentás un cuento lo desarma como si fuese un cirujano o un ingeniero. No pasa por la estética literaria personal, es una aproximación técnica. Es lindo, a mi edad, aprender de una persona que me lleva 15 años, y sigue llena de proyectos”.

Si no fuera por UniTE, “estaríamos en casa tejiendo, cuidando nietos, esparciendo el olor a humedad. Tengo compañeras del ENAM que por no hacer nada ya se murieron o quedaron ahí, marchitándose...es así”, reflexiona.

“A mí me pasa que cuando no tengo algo que hacer me deprimó. Tengo que pintar, escribir o estudiar. Portugués me cuesta un huevo. Los verbos son una cosa que me entran por un oído y me sale por el otro. Entonces, tengo peque-

ños desafíos”, analiza. Y para superar esos retos está la pasión que los docentes ponen en cada clase: “Si somos realistas, los viejos no somos el futuro de Argentina. No nos preparamos para que el país produzca. Y a pesar de esto, los profesores nos entregan lo mejor de su empeño”.

Refrescar la memoria

UniTE es fundamental en su vida. La ansiedad se apodera de ella desde el domingo, a la espera de que llegue el martes para cursar. Los lunes son para estudiar. Puede ser que se pelee en la clase de Teatro, que discuta en Literatura. Esos pequeños roces le generan adrenalina. “Aunque haya sido una pavada, es un intercambio con otra persona, una interacción social que evita que esté sola en mi casa”, acepta.

Empezó natación porque le dolía el cuello. Tuvo un entrenador –“un ser horrendo”– que le decía que a su edad no iba a poder nadar como si tuviera 20 años, que no aprendería a tirarse de cabeza. Ante ese comentario, se dijo: “¿Por qué no voy a aprender? Quizá me salga mal, pero puedo aprender a hacerlo cómo me salga”. El desafío la llevó a conquistar tres récords, en representación de equipo de municipio de Lomas. Ella lo explica: “No temerle al desafío es lo que hace falta para seguir adelante. UniTE presenta desafíos. Puedo decidir no afrontarlo, pero ¿cómo me miro al espejo en la mañana siguiente? Hoy, cuando me miro, veo estas arrugas, que son nuevas. Después me acuerdo que logré un récord de natación en estilo crol y que volví a clasificar para los Juegos Bonaerenses, que puedo cantar en portugués. Y esas arrugas pasan a segundo plano”.

“UniTE llena mi rutina, me da motivos de ser. Comprar un libro, estudiar, buscar un traductor en Internet, releer a Cortázar, interpretar lo que representa un cronopio en su obra...”, enumera. Para eso es indispensable que “la memoria se refresque. Socializo con gente grande que sigue con ideales y actividades, que depende de ellos además de arrastrar miedos. Soy un ejemplo para mis nietos cuando me ven estudiar con constancia”.

Ese paso por las aulas hace que Laura y sus compañeros modifiquen “la manera de afrontar la vejez, para que pase a ser una etapa donde hay cosas

para hacer, para crear, para decir” y, a su vez, los nietos “cambien la visión de lo que es ser abuelo”.

“Nunca digas nunca”

Una vez actuó con el grupo de teatro en un geriátrico. Quedó impactada. Se vio ahí, casi reflejada, y se preguntó cuán lejos estaba de esa situación. Y se respondió: “La verdad es que no lo estoy tanto. Pero, ¿qué voy a hacer? ¿Sentarme a esperar que me llegue el turno de estar en una silla, entendiendo la mitad de lo que pasa a mi alrededor? Para evitar ese estadio, es tan importante UniTE”.

La emoción la abraza: “¿Sabés de qué me acuerdo? Voy a llorar como una tonta... Me acuerdo de ver a mi vieja, jugando al solitario, sola en la cocina con un mazo de cartas, hasta que se murió. Y así a otros tantos, en situaciones parecidas”.

También se acuerda de una compañera de UniTE que “se enferma de todo lo que haya para enfermarse, pero cuando hay que hacer la tarea se le pasa y se pone a estudiar”; y de otra, “chiquita por los años –alrededor de 90–, que casi no puede caminar, y aun así no se detiene”.

Laura ingresó a UniTE antes de la edad mínima requerida. Fue a preguntar por una vacante, a pedir por favor que le dieran un lugar porque no sabía qué hacer con su vida. Había dejado de trabajar y cobraba una pensión por una discapacidad en las manos, de tanto destrabar cuellos y espaldas: “Tengo las dos manos rotas, están para operar”. Sandra, la secretaria, la dejó anotarse: “No hubo ningún vínculo anterior que me haya acomodado el ingreso. Fui de metida y me aceptaron porque tienen un corazón cálido y generoso. Son especiales, resaltan por el amor que tienen cuando enseñan. Y eso no se ve en ningún lado, en ningún ámbito”.

Laura vuelve a emocionarse cuando cuenta su anécdota favorita relacionada con UniTE: “Paso la segunda etapa de los Juegos Bonaerenses y quedo clasificada para ir a Mar del Plata. Le pido a Sandra algún elemento que identifique a UniTE y ella, a su vez, me pide que le diga una frase. Elijo “Nunca digas nunca”. Tiempo después me entregó una remera que dice “Nunca te rindas”, firmada

por un montón de alumnos del programa. La usé para subirme a recibir las medallas de premiación. Logré que todo Mar del Plata viera que UniTE estaba presente. Recibir ese apoyo fue lo más lindo de todo”.

Miguel Pizzolo

(Docente de Sociales Baila el Tango como Ninguna)

“El aprender va acompañado del disfrutar”

Comencé a enseñar en 1996, dos años antes de la creación de UniTE, después de haber estudiado tango durante cinco años. Un día me crucé con Gabriel Mariotto, por entonces decano de la Facultad y, sabiendo de su debilidad por el tango, aproveché y le dije que tenía ganas de enseñar, no por una cuestión comercial, sino para difundirlo desde una perspectiva popular y cultural. Y así bautizamos al taller Sociales Baila el Tango como Ninguna y luego lo sumamos a UniTE.

Al curso se acercan muchos adultos mayores que tienen el mismo promedio de edad que mi mamá y mi papá, entre 70 y 80 años, y que no saben bailar tango. No los considero mis pares o mis alumnos, sino mis superiores y hasta mis referentes, así como ellos me consideran a mí un referente como docente, algo que es una alegría para mí.

A mí me cayó la ficha del tango por el lado de mi viejo y puedo hacer que a gente de la misma edad le caiga también. O brindarles un espacio a quienes, teniendo la ficha caída, no encontraban dónde poder aprender. Hay quienes ya vienen con conocimientos, pero intento que aprendan desde otro lugar. En las clases no hablo solo de los pasos o del ritmo, sino también de los orígenes de un género que nació en zonas marginales, de la mano de los negros candomberos, y no en la en alta alcurnia, que luego coopta lo popular, lo “marketinea” y lo vende. Se trata de volver a las raíces.

Los alumnos vienen a disfrutar, no les pido mucho esfuerzo. Tienen la capacidad para aprender todo lo que yo les pueda plantear. Pero, si en ese intento de que aprendan todo, no disfrutan, ¿de qué sirve? Quizás aprenden más lento o distinto. También tienen otra perspectiva de la vida; entienden que el aprender va acompañado del disfrutar.

Junto al grupo de “trasnochados” que comenzamos el programa coincidimos en esto del disfrute, en el considerar al otro, y que entre los otros se consideren. Incrustar lo social, en la medida de lo posible, en todo lo que se comparte. Ni lo partidario ni lo político, sino lo social, porque estamos en una universidad pública, nacional y gratuita. Y además porque Sociales de Lomas fue pionera en considerar a los adultos mayores. La enseñanza dentro de UniTE a mí me completa como docente, me enorgullece.

Quienes vienen al taller disfrutan y buscan mejorar su esperanza de vida, pero en términos de buena vida, no de vivir más. Cuando arrancamos, las clases eran masivas. Había abuelos que venían con los nietos y luego se sumaban los padres, o sea toda la familia. Algunos alumnos, después de 22 años, son amigos míos. Se fueron de acá bailando muy bien y han llegado a vivir del tango. Hay casos de alumnos nacidos en otras provincias que, una vez que terminaron sus estudios en nuestra Facultad, volvieron a sus pueblos a realizar milongas, dar clases y vivir de su profesión.

Querida tía Lala*

Por Liliana Mizrahi**

Mi tía vivió sus últimos años en el Hogar Israelita de ancianos de Burzaco, un geriátrico, un asilo. Ella misma decidió su ingreso junto con su marido hemipléjico. Antes, ellos habían sido internados a la fuerza (por un familiar), en un depósito para viejos enfermos. Lugar difícil de ver. Yo los visité una tarde de horror inolvidable. Mi tía, por primera y única vez en su vida, tomó una decisión: entregó, como pago, su propia casa, lo único que tenían, y abandonó todo lo que había adentro. La entregó aliviada, en contra de la voluntad de su propio marido. Fueron aceptados. Ella se iba esperanzada en una nueva vida, llevó en su cartera algunas fotos y nada más que lo puesto. Mi tío partía, herido en su orgullo, sintiendo que todo era injusto y que él podía solo. Ella percibió enseguida la oportunidad de hacer las cosas que más le gustaban: leer, escuchar música y conocer gente. No así mi tío, que vivió ofendido, herido en su narcisismo por tener que compartir su vida con otros ancianos, que eran un espejo en el que no quería mirarse. Entonces, él decidió no salir de su habitación, ni hablar con nadie.

Mi tía se liberó de a poco de él y comenzó a recorrer los pabellones con espíritu antropológico. Hablaba con los internados e internadas y descubría lo interesante que eran sus historias de vida. Al poco tiempo, se le ocurrió que quizá podía transmitir esas historias, para que en otros pabellones las escuchen y se acercaran a contar las propias. Propuso hacer una radio. Mi tía era una enferma bipolar, había padecido muchas internaciones, muchos shocks eléctricos, chalecos de fuerza químicos y de los otros, y solía dejar la medicación cuando se sentía bien. La gente del hogar la escuchó, legitimó su proyecto y se hicieron las instalaciones del caso.

Ella sintió, por primera vez, que no era tratada como una loca, sino reconocida en su deseo. Mi tía comenzó a transmitir su programa, ponía música elegida por ella, incluía textos clásicos que leía muy bien y después seguía con las historias de vida. Los ancianos de todos los pabellones la escuchaban con interés. Empezó a hacerse famosa dentro del hogar. Mi tío seguía autoexiliado en el cuarto como un aristócrata polaco venido a menos. Él creía que no tenía nada

que ver con el resto de la gente que estaba ahí. Mientras tanto, para ella, la cosa no quedó en la radio, se le ocurrió que los viejos tenían que moverse, parados o sentados, y comenzó a dirigir, en su pabellón, clases de gimnasia con música y que cada uno hiciera lo que podía. Mi tía se las rebuscaba, su mundo era intenso y extraño, pero siempre estaba interesada en los otros. Lectora de los eternos: Cervantes, Dostoievski, Borges, Kafka, Miller, Proust, Rulfo... leía para ella y, desde su programa, leía para los otros. Mi tía era generosa e inteligente, a pesar de que su enfermedad la había ubicado en el lugar de "la loca de la familia". En el hogar, por suerte, la medicación ya no estaba más a su cargo, ni a cargo de mi tío, la tomaba sin quejarse, se había liberado de muchas obligaciones y aprovechaba las nuevas opciones. Me decía: "No tengo que hacer las compras, no tengo que cocinar ni pensar en qué preparo para la cena, no tengo que limpiar, salvo nuestro cuarto, no tengo que ir al banco a pagar nada, ni recibo boletas. Tengo todo el día para mí, si necesito atención médica la tengo inmediatamente y mi marido también. Me parece que es la primera vez que soy tan libre a pesar de no poder salir a la calle, que tampoco me interesa. No estoy sola, estoy menos sola que cuando creía que tenía familia". Su enfermedad de Parkinson avanzaba, perdía el control de esfínteres, pero ella, pañales mediante, no se detenía. Le sugerí que pidiera una terapia y algún taller literario. Obtuvo las dos cosas. Comenzó a escribir. Al principio se asustó, eran textos eróticos muy lanzados, "subidos de tono", los llamaba ella y los escondía. Por suerte, me los dio a leer y le sugerí que los mostrara a alguien. Lo hizo. El hogar eligió un texto, y lo mandó a participar en un concurso en el que ganó una mención. Tenía no sólo reconocimiento adentro, sino que lograba prestigio afuera también. Era realmente feliz. Su marido, crónicamente ofendido, la castigaba con interminables reproches, la llenaba de culpa, hasta que se le fue la mano con el bastón y en el hogar decidieron separarlos. Mi tía se asustó, pero al fin reconoció que era algo que ella secretamente deseaba desde hacía tiempo. Por suerte, él, sin salir de su habitación, se puso a hacer collages también eróticos, se sentía Matisse, sus obras terminaron expuestas en una sala del hogar, con vernissage, invitados y todo. Eso lo reconcilió un poco con él mismo, se sintió elegido, mirado, y a mi tía le disminuyó la culpa.

En una oportunidad, donamos una computadora para los ancianos, para que aprendieran a usarla y pudieran comunicarse con sus hijos y nietos por ese medio. Al principio, eran muy pocos los que la usaban. Mi tía, siempre a la cabeza, tenía un instructor que le enseñaba a navegar. Al poco tiempo, tenían una lista de turnos rigurosos, que muchos ancianos cumplían con entusiasmo. Las cosas entre ella y su marido no mejoraban. Le prohibieron visitarlo. Mi tía, con mucha tera-

pia, aceptó y comenzó a dormir sola. Me sorprendió cuando me dijo por teléfono: “¡Dejé de tomar pastillas para dormir!”. Su vida fue más linda y más libre aún; un hombre, también autointernado y de su edad, alrededor de los setenta y pico, se acercó a ella para conversar y se hicieron muy amigos. ¿Amigovios quizás? Después supe que mi tía se había enamorado, quizá por primera vez en su vida. Entonces pude entender que me pidiera ropa nueva, jabones ricos, perfumes y alguna crema para la cara. Para ese entonces, llegó al hogar una invitación de la Universidad de Lomas de Zamora, para que los ancianos participaran en un taller literario. Mi tía aceptó volando y su amigo también. Ella se excitó tanto que hubo que calmarla. Para mi tía Lala, entrar a la facultad a hacer un taller equivalía a cursar la carrera de Letras completa y recibirse. Comenzó el taller, escribía apasionadamente, y leía sus textos eróticos con libertad, escribía la novela de su vida. Los llevaban y los traían en una combi mientras comían sandwiches triples. Ella tocaba el cielo con las manos. Mi tío seguía encerrado en su habitación y en su rigidez. Mi tía tuvo permiso para salir del hogar, iban con su amigo a comer triples y tomaban té. Su bipolaridad estaba controlada, pero su Parkinson no, sin embargo (“con pañales y bien vestida, yo no falto ni muerta”), ellos estudiaban juntos. Ese amor fue un estímulo para el amor que ella había acumulado durante años. La realidad es que el amor es una cosa extraña. El programa de radio continuaba, la biblioteca en orden, las clases de gimnasia se espaciaron. Al día siguiente de terminar el curso de la facultad, iban todos los alumnos a recibir un certificado de asistencia al taller. Eso para ella era equivalente a recibir el diploma de egresada en Letras. Me contaron que estaba eufórica, entraba en todas las habitaciones para contar que se había recibido. Todos la querían mucho, las enfermeras, los médicos, las mucamas, los internados, todos. “¡Hoy es el día más feliz de mi vida!” “Hoy es el día más feliz...” dijo, y se cayó al suelo, muerta, un síncope. Fue el día más feliz de su vida, estaba enamorada y se sentía reconocida y libre. Al día siguiente, en el velatorio del hogar, su amigo la despidió con palabras muy tiernas. Yo no sabía quién era ese hombre tan bien. Mi tío lloraba sentado en su silla de ruedas. La llevamos al cementerio de Berazategui, éramos cinco personas, como a ella le habría gustado, y cuando nos acercábamos a su tumba escuché su voz nítida que me decía: “¡Sé feliz! ¡Sé feliz!” y me lo siguió repitiendo hasta que la cubrimos con tierra. Acordate que te quiero, me decía por teléfono. Querida, querida tía Lala.

*Publicado en *Página/12* el 21 de noviembre de 2007.

** Licenciada en Psicología, ensayista y poeta.
Autora de *Mujeres en plena revuelta*, entre otros libros.

Docentes de UniTE en 2018

Apellido	Nombres	Asignatura
ACERBO	Lucia Gladys	Taller de Actualidad y Medios
ADASME	Laura Natalia	Francés I, II y III - Taller de Conversación en Francés
BRUNDE	Matías Damián	Informática - Internet y Celulares - Diseño para no Diseñadores
BUTERA	Norma Edith	Portugués I, II, III - Taller de Conversación en Idioma Portugués
CABRERA	Jorge Alberto	Taller de Literatura - Café Literario
CARRARA	Nelly Marina	Taller de Teatro
CORNELI	Sandra	¿Reconstruimos la Historia con Nuestros Recuerdos?
FOSTER	Julio Enrique	Fotografía Digital I y II
GAMBOA	Sergio René	De los Gobiernos del siglo XIX a la Democracia actual
GOLAN	Norah	Mitos y Verdades acerca de la Memoria
JULIANO	Iris Rosario	Alimentación Natural
LAHUERTA	Graciela	Inglés II
LUCERO	Yésica	De las Diferencias Generacionales a convivir en la Posmodernidad
MACERI	Viviana Graciela	Criterios Biológicos y Movilidad - Taller de Movilidad Corporal
MARTIN IRIGOYEN	Liliana Elena	Italiano I, II y III - Taller de Conversación en Idioma Italiano
MARTINEZ	Juan Manuel	Pintura - Dibujo Artístico
MASTROPABLO	Claudia Susana	Pensar la Vida Cotidiana desde la Psicología Social

MELVERN	Daniela	Radio I - Radio II
NISTAL	María Inés	Criterios Biológicos y Movilidad - Taller de Movilidad Corporal
ORTIZ ROCCA	Marcelo Ramiro	Coro
OYHAMBURU	Ana María	Taller de Risa y Salud
PALMIERI	Liliana	Participamos, nos divertimos y aprendemos
PALMIERI	Sandra María	Taller de Juegos
PEREZ	Sonia Lorena	Inglés III - Taller de Conversación en Idioma Inglés
PEREZ AVILA	María Victoria	Calidad de Vida
PIZZOLO	Miguel A. Humberto	Taller Sociales Baila el Tango como Ninguna
ROZANSKY	Adriana Sandra	El Aprendizaje, un Indicador de Salud
SAIKIN	Ruth	Taller de Narración Oral
SOLAS	Emilio Alberto	Radio I - Radio II
SUAREZ OROZCO	Ana María	Sexalescencia - Comunicación en Acción
TROSSERO	Sofía	Inglés I
URBANO	Eduardo Luis	Antropología Cultural Americana
VERMINETTI	Corina Andrea	Vivir con Inteligencia Emocional
ZUNINO	Marcela Noemí	Historia del Arte y la Cultura

UniTE

20 años

Historia de la Universidad de la Tercera Edad

ISBN 978-987-3839-02-3



9 789873 839023